

## SUSCRICION

EN

## MADRID.

UN MES. . . 8 rs.  
TRES MESES. 20  
SEIS MESES. 40  
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUSCRICION

EN

## PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.  
TRES MESES. 24  
SEIS MESES. 48  
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

## SUMARIO.

Sobre el franqueo de impresos, contestacion al Heraldo.—  
HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID: Revista de  
teatros.—SEMANA HISTORICA; Observaciones históricas sobre  
la Rusia.—La caza de un oso en el Pirineo (Roncesvalles).—  
Cronologia de los reyes godos que han experimentado un fin  
trágico.—SEMANA LITERARIA; Dos duelos á diez y ocho años de  
distancia, leyenda.—El sacrificio de Isaac, poesia.—SEMANA  
RELIGIOSA; La Magdalena.—SEMANA JUDICIAL; Causa sobre el  
asesinato de Bernardo Martinez.—El licenciado don Tadeo  
Cristóbal.—Escenas de Carnaval; gaceta devota, logogrifo,  
solucion del anterior.

Este número lleva trece grabados.

## SOBRE FRANQUEO DE IMPRESOS.

## CONTESTACION AL HERALDO.

Motivos de delicadeza que son siempre para nosotros muy respetables, nos habian impedido hasta ahora tomar la pluma en defensa del comercio de libros, amenazado de muerte con el nuevo arreglo de correos; pero un artículo que dedica EL HERALDO en su número del 6 del corriente á esta materia, nos obliga á romper el silencio, no ya únicamente para contestar á dicho periódico, sino para decir algo de lo que conviene que se sepa sobre un asunto tan importante, así por lo que afecta á los intereses de una clase numerosa, á la que está ligada la existencia de millares de familias, como tambien por lo que influye en la ilustracion del país.

Empieza EL HERALDO por decir que prescinde del aumento de precio de franqueo para los impresos que establece el decreto de 24 de octubre último; y esto no es otra cosa sino prescindir de la cuestion, porque precisamente contra ese aumento es contra el que los libreros han reclamado. Poco importa que las anteriores tarifas señalasen tal ó cual precio para el franqueo de los libros y de los impresos; el hecho es que estos han pagado hasta fin de diciembre último, lo mismo que los periódicos, y que desde 1.º de enero se exige cuatro tantos mas. Los cálculos numéricos de EL HERALDO probarán todo lo que él quiera que prueben; pero no destruirán esta verdad. Escierto que cuando tuvo lugar la reforma de las tarifas de correos en 1845, se manifestó ya la misma tendencia que ahora en cuanto á los libros é impresos; pero hubo, como ahora tambien, reclamaciones que el gobierno creyó justo atender, y las tarifas quedaron sin efecto en esta parte. Que admitan las administraciones de correos los libros y los impresos á cuarenta reales arroba, y EL HERALDO verá como cesan las reclamaciones aunque señalen las tarifas unos precios exorbitantes. Pero, dejando tambien nosotros la ampliacion de este punto para cuando EL HERALDO tenga por conveniente tratarlo con mas detenimiento, vamos á seguir á nuestro colega en el terreno que él mismo ha elegido, y vamos á probar que efectivamente se causan al comercio de libros todos los perjuicios, que se dicen y muchos mas que no se han dicho todavia, y que ese comercio tiene títulos muy legítimos para exigir del gobierno, no sacrificios, que esto nadie lo ha exigido, sino la proteccion indispensable que el gobierno debe de derecho á todas las clases que viven de su trabajo y contribuyen al sostenimiento de las cargas públicas. Y no nos arredra en esta tarea el temor de merecer la tacha de imprudentes con que EL HERALDO ha calificado á los que se han atrevido á sustentar una opinion contraria á la suya. Nuestro colega, no contento con fulminar sus anatemas contra el comercio de libros, quiere envolver en ellos igualmente á sus defensores; como si el imprimir libros y pretender que circulen, fuera uno de esos delitos que deshonran, no solo al que los comete, sino tambien al que los apadrina. Queremos, pues, ser imprudentes; nada nos importa, porque defendemos intereses sagrados, porque abogamos por la causa de la civilizacion.

Por mucho que rebajase el correo sus portes, (dice EL HERALDO) sin destruir su renta no podría

TOMO I.

«nunca trasportar las cantidades enormes de papel que dá diariamente á luz el comercio de libros.»—¿Y quién ha pedido que el correo trasporte todo el papel que se imprime? Lo que han pedido los libreros es que supuesto que el artículo 12 del real decreto de 24 de octubre establece que no se admitan libros ni impresos al franqueo sino cuando haya lugar en las balijas para trasportarlos, que se les reciba al precio de los periódicos, en lo cual no solo no hay perjuicio para la renta, sino beneficio, porque tendrá un ingreso que no le ha de ocasionar ningun gasto; ingreso que no puede prometerse de ninguna otra manera, porque á seis cuartos por onza los libros y á 180 reales arroba de impresos, que son los mismos precios que se pagaban hace veinte años, no habrá nadie que quiera franquear, como no lo habia entonces tampoco. Esto es lo que han pedido los libreros y esto lo que han apoyado sus imprudentes defensores. Lo que no se concibe, es que un periódico tan autorizado como EL HERALDO, se declare en contra de una demanda tan justa y equitativa y que lo haga en los términos que lo hace. Siquiera por patriotismo, aunque fuera verdad que en España no se imprimiesen mas que malas novelas traducidas del francés, que no lo es, segun probaremos mas adelante, EL HERALDO no debió decirlo, porque el deber de un periódico español es ser español ante todo. La misma posicion que ocupa EL HERALDO en la prensa dá á sus palabras una grave trascendencia; ¿qué opinion se formará en Europa del estado de la civilizacion de nuestro país, al ver que un periódico, que con razon ó sin ella pasa por órgano del ministro de la Gobernacion, se espresa del modo que lo hace? Estamos muy distantes de imaginar que el conde de San Luis haya inspirado semejante artículo; creemos conocerlo bastante para hacerle esta justicia, así como no desconfiamos de que las quejas de los libreros serán oídas; su carácter personal y sus mismos actos administrativos son una garantia. El ministro de la Gobernacion, editor tambien en algun tiempo, no puede aspirar á la triste gloria de que su nombre pase á la posteridad acusado de haber sido el autor de la ruina de la imprenta. El decreto de 24 de octubre, si no se variase en la parte relativa á los impresos y á los libros, seria una mancha en su administracion como el establecimiento del Santo Oficio lo es del reinado de Isabel la Católica, sin que haya bastado á lavarla ni aun la necesidad con que ha querido justificarse.

«No podemos descubrir (prosigue EL HERALDO) «qué interés bastante poderoso tiene el país en el «fomento de ese ramo de comercio (el de librería) «para que el gobierno se decida á sobrecargar sus «carros y sillas de posta con esos impresos, espone- «niéndolos á entorpecimientos y detenciones que ha- «gan mas lento el servicio público etc.»—Pocas palabras bastarán para esplicar á nuestro colega lo que él no ha podido descubrir. En primer lugar, como es el país el que lee, por eso está interesado en el fomento del comercio de libros, puesto que los libros son los que sirven para leer; ademas, al comercio de libros vá unida la existencia de la industria tipográfica, de la fabricacion del papel, de la encuadernacion y de otra infinidad de industrias, que no ya solamente el país, sino el gobierno mismo, tiene interés en que prosperen, porque á todo gobierno le interesa aumentar las clases productoras. Nosotros lo que no descubrimos es fuera del país quien se habia de interesar en este asunto, ni favorece mucho en verdad al gobierno ni á la ilustracion de nuestros compatriotas, el suponer que les es indiferente la ruina del comercio de libros. Créalo así en buen hora EL HERALDO; por nuestra parte nos complacemos en suponer lo contrario. En segundo lugar, los carros y sillas de posta no son del gobierno; son del Estado y se destinan á un servicio público, al cual tienen todos los españoles igual derecho. En tercero y último lugar, el portear los libros y los impresos dentro de ciertos límites no puede producir, no produce retraso ni entorpecimiento en el servicio de la correspondencia; pero si en efecto los produjera, daría una idea muy pobre de la capacidad de los empleados del ramo, el no hallar para remediarlos otro recurso que el triste estremo de fijar unos precios que equivalen á la prohibicion absoluta. Segun la lógica de EL HERALDO, el día en que haya muchos periódicos, ó circulen mas los que hoy existen, producirán entorpecimientos en el servicio de la correspondencia

y se acudirá al heroico medio de exigirles cuatro tantos mas de franqueo; y si por acaso aconteciera que el mucho número de cartas particulares entorpeciese el servicio de la correspondencia oficial, ya sabemos como se remedia todo. De modo que hoy porque van muchos libros, mañana porque pueden ir muchos periódicos, y luego porque irán muchas cartas, vendriamos á parar en hacer inútil el servicio de correos. En España no hay duda de que somos verdaderamente originales. En todos los países no solo se llevan los impresos á un precio ínfimo, sino que en alguno (los Estados-Unidos) se llevan los libros de valde, y la mucha circulacion se considera como un signo de prosperidad. Aquí, por el contrario, la circulacion se mira como un abuso, porque todavia no se ha comprendido el destino de los correos, ni las ventajas que proporciona este servicio, cuyos gastos deben considerarse como reproductivos. Por fortuna está al frente del ramo una persona demasiado ilustrada para que le hagamos el agravio de suponer que participa de estas ideas, verdadero anacronismo de nuestra época; y no desconfiamos de que sin gran esfuerzo, poniendo cada cual un poco de su parte, se halle el medio de conciliar todos los intereses. Seguramente que el gobierno no puede hacer en España lo que en los Estados-Unidos; pero puede hacer algo en favor de la librería, y esto, y nada mas, es lo que se pretende.

Dice EL HERALDO que nada importa que un libro llegue á su destino cuatro días antes ó despues; y en esto estamos completamente de acuerdo. Nada importa en efecto que un libro llegue á Zaragoza, por ejemplo, en dos días por el correo ó en ocho por la mensajería; pero importa mucho que no llegue nunca ni de ningun modo, y como todos los pueblos de España no son Zaragoza, ni hay para el mayor número de ellos mensajerías, galeras, carros, ni aun ordinarios siquiera, he aquí por qué se necesita el correo para trasportar los libros. ¿Ha comprendido ahora EL HERALDO dónde está la dificultad? Que pruebe nuestro colega que sin el auxilio del correo pueden llegar los libros y los impresos á todas las poblaciones del reino, y entonces su argumento tendrá fuerza; pero como esto no lo probará, como de los 22,000 pueblos que cuenta España próximamente, apenas dos mil tienen comunicacion directa con la corte y muy pocos mas con sus capitales, resulta que, gracias á las disposiciones del decreto que EL HERALDO con tan poca habilidad defiende, ocho décimas partes de los pueblos de la península se verán privados de libros, viniendo estos á ser privilegio esclusivo de alguna que otra familia acomodada que pueda soportar el precio de portes. De este hecho incontestable se deduce: 1.º que el decreto de 24 de octubre en su parte relativa á impresos es contrario á la civilizacion del país, puesto que priva á un gran número de pueblos, y dificultada en todos, la circulacion de los libros, que son los principales agentes de la enseñanza, como los mas eficaces elementos de la cultura. 2.º Que limitando la circulacion de los libros en un país donde tan corto es el número de lectores con relacion á la poblacion, se perjudica al comercio de libros, decimos mal, se le mata, y en su ruina ha de arrastrar por fuerza á la imprenta, á la fabricacion del papel, y á todas las industrias á quienes sirve de alimento.

No contento EL HERALDO con abogar por la destruccion de la librería, desciende luego á un terreno en el que jamás hubiéramos creído verlo; dos veces leímos el artículo, y aun no habiamos podido convencernos de que hubiese salido de su redaccion; el lugar que ocupa en el periódico, y el no haberse rectificado despues, nos autoriza á creer que se escribió deliberadamente, y en este supuesto vamos á replicar. Ante todo, insistimos en que los libreros no han pedido ningun sacrificio al tesoro, ni menos que se les favorezca con una proteccion decidida; lo que han pedido es, segun ya dijimos y volvemos á repetir, porque importa que quede consignado, es que se les trasporten sus libros por el correo, pagando un precio soportable, cuando el correo no tenga otra cosa mejor que trasportar; y esto lo han pedido porque no tienen otros medios de enviarlos á muchas partes; para donde los hay, ya los emplean, porque su interés así se lo aconseja. Esta peticion justísima, que á nadie perjudica, que á nadie ofende, da motivo á EL HERALDO para decir que los libreros es-

pañoles son indignos de semejante favor, porque no son literatos como los de otros países; porque á escepcion del *Diccionario de Madoz*, y la *Coleccion de autores antiguos*, nada publican que merezca la pena; y en fin, porque el comercio de librería no produce otras obras que el *Judio Errante*, los *Misterios de París*, y las novelas de Paul de Kock y de A. Dumas.

Dejamos á un lado lo de ser literatos para ser buenos libreros, porque esto no merece contestarse, y entramos de lleno en los demas puntos. El mismo *HERALDO* ha tenido que rectificar ya lo que dijo, confesando que ademas de las dos obras que citó se publican otras que merecian citarse. Un periódico (*El Observador*), que se ha ocupado tambien de la materia en igual sentido que nosotros, aunque no con tanta estension, porque sus columnas no se lo permiten, ha hecho asimismo importantes rectificaciones; vamos por nuestra parte á añadir algunas mas, y si no lo hacemos de todas, es por temor de alargar demasiado este artículo. Se están publicando en este momento los *Recuerdos y bellezas de España*, obra dedicada á S. M., y de indisputable mérito, que el mismo *HERALDO* ha recomendado mas de una vez en sus columnas; la *Historia de Granada*; la de la *Marina española*; la *Coleccion de Códigos*; *El Diccionario de jurisprudencia y legislación*, por Escribano; el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, que sin ser una obra perfecta, porque nada hay en el mundo que lo sea, es la única de su especie que se ha publicado en España, y en cuya redaccion lleva invertidos ya su editor mas de seis mil duros; los *Cien Tratados*, obra imitada, no traducida del francés, verdadero esfuerzo del arte tipográfico; obra que tuvo origen en Edimburgo y repetida en toda Europa ha llegado á reunir mas de cien mil suscriptores en Inglaterra y treinta mil en Francia, y que á pesar de que en España no cuenta ni dos mil quinientos, se está dando á luz en igual forma, carácter y papel, con los mismos grabados y al mismo precio que en estos países. No hace mucho que se han publicado la *Historia de Felipe II*, la de la *Revolucion de Roma*, la del *Escorial*; la de *Los Tres primeros siglos de la Iglesia*; las *Observaciones sobre las bellezas de la Biblia*; las *Lecciones y modelos de Eloquencia forense*; uno ó dos diccionarios de la lengua, otro francés-español, una infinidad de colecciones de biografías y de historias parciales, con otro número no menor de obras para la enseñanza. Esto en la parte original; en cuanto á traducciones, la *Historia de los Reyes Católicos* y la de la *Conquista de Méjico*, por Prescott; la *Historia de la Revolucion francesa* y la del *Consulado y el Imperio*, por Thiers, el tratado de la *Propiedad* por el mismo autor; las *Obras de Chateaubriand*, la *Historia de España* por el doctor Dunham, las obras de Buffon, la *Historia de Inglaterra* por Hume, la *Historia Universal* por Cantú, la *Historia Constitucional de la Monarquía española*, los *Monumentos de todos los pueblos*, la *Química aplicada*, por Dumas, y un número prodigioso de obras de ciencias, medicina, religion, y derecho, originales, arregladas ó traducidas, cuya lista ocuparia columnas enteras, prueban que *EL HERALDO*, ó ignora lo que se publica en nuestro país, ó ha obrado de mala fé ocultándolo. En cuanto á que las traducciones son malas, malísimas, y que pervierten el gusto y adulteran la lengua, que contesten los traductores *famélicos*, como *EL HERALDO* los califica; nosotros no podemos decir mas sino que las obras que acabamos de citar están traducidas por personas tan respetabilísimas como don Antonio Alcalá Galiano, don Eugenio de Ochoa, don Antonio Ferrer del Rio, don Baltasar Anduaga y Espinosa, don Joaquin Perez Comoto y otras de igual reputacion literaria.

Queda demostrado que es de todo punto inesacto el que la librería española atendiendo solo á la especulacion, no haya producido mas que las novelas de Dumas y Paul de Kock; pero si esto fuese cierto ¿sabe *EL HERALDO* quién tendria la culpa?... él mismo, que fué el primero en elogiar el *Judio Errante* antes de que se hubiera publicado en Francia, y que luego ha hecho otro tanto con todas las novelas malas ó buenas que han salido á luz en París, porque así le convenia á su especulacion. Si *EL HERALDO* primero, y una parte de la prensa luego imitando su ejemplo, no se hubiesen dedicado á acreditar las novelas francesas, porque esto les importaba para hacerlas pasar como buenas en sus *folletines*, y despues en sus *Bibliotecas*, la opinion pública no hubiera tenido motivo para estraviarse, y aun cuando tal aconteciera, hoy por lo menos tendria el derecho de reconvenir á los libreros; pero acusarlos de la falta que él ha cometido siendo causa de que los demas la cometan, es una idea original y casi chistosa, que merecia reglarse á la *gacelilla*, si nuestro periódico la tuviera. No lo es menor el pretender que los libreros eleven la literatura al grado de esplendor que ha alcanzado en Francia, Inglaterra y Alemania, y prometer que entonces les ayudará el gobierno; es decir que les ayudará cuando no necesiten que les ayude.

Quien ha de elevar la literatura, quien la eleva en todos los países del mundo, son los escritores, no los libreros; que se escriban obras buenas, acomodadas á las necesidades del país, y á la capacidad de sus habitantes, y de seguro no quedarán por imprimir. ¿Cuántas han quedado por imprimir hasta ahora? Que cite *EL HERALDO* una siquiera de algun mérito que se encuentre postergada. Pregúntese á los herederos del escelentísimo señor don Javier de Burgos, si han encontrado quien les imprima la obra que dejó escrita su padre con el título de *Anales del reinado de doña Isabel II*; pregúntese al señor Benavides si tiene quien imprima la *Historia del reinado de Fernando VII*, que está escribiendo; hágase igual pregunta á don Modesto Lafuente respecto de su *Historia general de España*; á don Antonio Ferrer del Rio con la *Historia de las comunidades de Castilla*; á los señores Breton, Vega y Rubí, con sus comedias; á don José Zorrilla con sus poesías, etc. ¿Qué mas han de hacer los libreros que imprimir lo bueno que se escribe? *EL HERALDO*, que cita el ejemplo de otros países; ¿ignora que allí, como aquí, los libreros no quieren imprimir mas obras que aquellas que tienen probabilidad de vender, y que el número de autores favorecidos del público es siempre reducidísimo? Si se toma en cuenta la poblacion y el atraso en que entre nosotros se halla la enseñanza, y se compara lo que produce el comercio de libros de España con el de Francia, de seguro la ventaja está por nuestra parte, no solo en cantidad, sino tambien en calidad.

«Ayúdame que Dios te ayudará,» concluye *EL HERALDO*. Ayuden á los libreros, que ellos se ayudarán, decimos nosotros. ¿Qué medios, que recursos ha de emplear aquí el comercio de libros? En un país donde no hay caminos para los trasportes; donde cuesta el giro un 5 ó 6 por 100; donde se pagan unas contribuciones exorbitantes; donde si se trata de una rifa, se opone la Direccion de loterías, y para publicar un almanaque, que sirva como en otras partes de medio de circulacion de un catálogo, se necesita un privilegio esclusivo; donde la propiedad literaria no se respeta; donde se reforman los aranceles y se comete el doble absurdo de favorecer la emigracion de los hombres de talento, permitiendo que impriman sus obras en el extranjero y las traigan á España pagando un derecho insignificante, al paso que se señalan crecidísimos á las primeras materias que sirven para la imprenta; donde no hay mas recurso para la circulacion de los libros que el correo, y para él se establecen unas tarifas insoportables; y donde los periódicos del gobierno contestan á justísimas reclamaciones denigrando á una clase honrada y laboriosa que gana el sustento con su trabajo y que mantiene á innumerables familias, ¿qué recursos, volvemos á preguntar, le quedan al comercio de libros? Si *EL HERALDO* los sabe, que los diga, esto valdria mas y le seria mas honroso que estenderse en calificaciones de mal género. Estamos seguros de que no los dirá, como lo estamos de que quedará solo en el papel, porque no habrá nadie que quiera compartir con él la pobre gloria que le ha conquistado el artículo que da motivo á estas líneas.

Pudieramos añadir mucho mas, porque mucho se puede decir todavia sobre la materia; pero tememos ser demasiado estensos. Basten estas breves indicaciones en defensa del comercio de libros, á que nos envanecemos de pertenecer, sin que se entienda por eso que renunciemos á ampliarlas si á ello se nos provoca. Tenemos demasiada fé en la justicia de la causa que defendemos, para que nos falten razones con que apoyarla.

F. DE P. MELLADO.

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**Exterior. FRANCIA.** La tranquilidad pública se ha alterado en París en los dias 4 y 5 de febrero. Esta tentativa que ha reprimido con energía el gobierno, es de inmensa importancia política. La cuestion en un principio fué solo de policía urbana, despues los diversos partidos que conspiran la dieron grandes proporciones políticas. Se trató de arrancar los árboles de la libertad, que plantados en medio de las calles impedían la libre circulacion, y esta operacion que se hacia lentamente como una medida administrativa, recibió por la resistencia que opuso el partido rojo, el mas alto carácter político. La autoridad entonces desplegó la mayor firmeza y decision. El dia 4, al ir á arrancar el árbol plantado en la calle de San Martin, grupos numerosos trataron de impedirlo, hicieron armas contra la tropa, y mataron á algunos agentes de la policía. Los grupos se aumentaron y la insurreccion amenazaba ser general en todo el dia 4 y 5. El general Lamoricière, cogido por las turbas, fué maltratado, y solo debió su salvacion á haberse refugiado en una librería,

que los sediciosos sitiaron en regla, debiendo su libertad á un destacamento que los ahuyentó. Rechazados en todas las partes los insurrectos, todos los árboles de la libertad han sido arrancados, y frustrada esta nueva tentativa que miramos solo como preludio de otras mas serias y terribles.

Las sesiones de la Asamblea han continuado presentando el mismo espectáculo de desorden, de que hace tiempo nos están dando tantos ejemplos.

El ministro de justicia presentó la destitucion de los treinta y tres representantes del pueblo, condenados por el alto tribunal de Versailles como complicados en los lamentables sucesos del 13 de junio. Esta destitucion se pronunció; empero el diputado Michel (de Bourges), con voz fuerte y terrible protestó contra lo que llamaba la sentencia inicua del tribunal, espresándose con tal violencia que llamado diversas veces al orden por el presidente y por la mayor parte de la Cámara, tuvo el presidente que proponer se le aplicase un voto de censura por su modo de producirse. El voto de censura fué votado por una inmensa mayoría, pero lo fué en medio de los gritos y de los alaridos de la montaña que queria presentar de este modo una ovacion á su orador, en cuyo discurso se reasumia la política de la montaña, á saber, que delante de la justicia, como habia sucedido en el tribunal, sostiene el derecho de insurreccionarse contra los decretos de la representacion nacional, y delante de la representacion nacional reivindica el derecho de anular los fallos de la justicia. Así entiende la montaña la organizacion de un gobierno!

La cuestion de la Grecia ha perdido repentinamente mucho de la intensidad con que se presentaba y de la alarma que causaba á la Europa; porque el gobierno inglés, cediendo á las reclamaciones de la Francia, ha admitido su mediacion, la cual procurará destruir el nuevo motivo que repentinamente habia surgido y que podia comprometer la paz de la Europa, por la que tantos esfuerzos y concesiones ha hecho la misma Francia. En las cámaras inglesas se habia tratado esta misma cuestion, y el ministro habia dado esplicaciones que hacen augurar una pronta y satisfactoria solucion.

**ITALIA.** En Roma se hablaba nuevamente de la próxima vuelta del papa, llegando algunos hasta fijar la época para el dia 14 de este mes, y anunciándose que de acuerdo con las potencias católicas se iba á dar una nueva constitucion á los Estados Pontificios, los cuales se dividirían en cuatro legaciones, colocándose á la cabeza de cada una de ellas un cardenal en calidad de gefe político; un miembro del Sacro-Colegio seria presidente del consejo de ministros con título de cardenal secretario de Estado, y el presidente y vicepresidente de la consulta de Estado pertenecería tambien al Sacro-Colegio, no hallándose todavia determinadas las relaciones que deben mediar entre los empleados seculares y los eclesiásticos. Tantas veces se ha anunciado la vuelta del pontífice que todavía dudamos de su realizacion. Sin embargo, si se ha dado esta Constitucion, el representante sobre la tierra del Señor, el que reina sobre los hombres, no arrastrará en su carro el cortejo de los reyes vencidos, que servian en otro tiempo á las pompas de los Césares al subir al Capitolio; será seguido en el camino del Vaticano por todos los votos del mundo católico, llevando consigo, no solo la fortuna de Roma, sino la reconciliacion de la Europa, tan largo tiempo agitada, y podria calmar las pasiones que ha suscitado en la capital del mundo la revolucion.

Ha sido preso y encerrado en el castillo de Sant'Angelo, el individuo acusado de haber dado la estocada mortal que tendió sin vida en la cámara de diputados, el 13 de octubre de 1848, al conde Rossi en el momento mismo en que iba á abrir las sesiones, asesinato á que siguió la revolucion que arrojó de Roma al pontífice. Este individuo se llama Felix Neri, es natural de Roma, y fué arrestado en el muelle de Ancona en el momento mismo de hacer visar su pasaporte para Grecia bajo un nombre supuesto, é ir á embarcarse en un vapor inglés que se hacia á la vela.

**CERDEÑA.** En Turin continúan las cámaras pacíficamente sus trabajos. El ministerio cuenta con una gran mayoría moderada.

En Génova fueron silbados algunos oficiales españoles, que sorprendidos por una tempestad arribaron en dos fragatas nuestras á aquel puerto, gritádoles una multitud de perdidos, que eran los satélites de Pio IX y los héroes de Velletri. Los oficiales españoles no hubieran dejado insultarse impunemente por aquel populacho soez, que tan poca valentía mostró cuando fué atacado por el general La Marmora, y cuyo patriotismo solo consiste en gritar, si el cónsul español no los hubiese contenido y hecho reembarcarse. Tan lue-

go como llegó á noticia de la corte de Turin este atentado, se apresuró el gobierno sardo á manifestar al encargado de negocios de España, el disgusto que le habia causado esta escena salvaje, y ofreciendo castigar severamente á sus autores.

**PRUSIA.** En Berlín se ha jurado la nueva Constitución el 6 de febrero, siendo celebrado este acto con un banquete que ha dado el rey á los principales dignatarios del estado.

**SUECIA.** En Upsal ha habido una demostración que puede causar alguna inquietud al gobierno sueco. Se ha celebrado un funeral por las desgracias de la Hungría, á que ha asistido un concurso innumerable; las banderas tricolores de diversas naciones fueron arboladas en medio de las aclamaciones de la multitud, y se acusó en discursos apasionados al gobierno de ser instrumento ciego y pasivo ejecutor de las voluntades de la Rusia.

Aparecen síntomas en el espíritu público de la Suecia que hacen sospechar existen en su seno elementos peligrosos, los cuales podrán estallar el día menos pensado.

**INGLATERRA.** En la sesión del 7 de febrero ha anunciado Mr. Hume, que trataba de presentar un proyecto para enmendar la representación nacional, estendiéndole el voto electoral á todo ciudadano mayor de edad, no incapacitado legalmente, propietario ó arrendatario de una casa con antelación de un año, y que pague la contribución de pobres. Este voto tan extenso puede dar margen á grandes sucesos, es casi el sufragio universal.

En Escocia va á construirse una grande catedral en Edimburgo. Bajo el altar mayor se depositarán las reliquias de Santa Margarita, reina de Escocia, cuyo nombre es altamente respetado por los escoceses de todas las creencias.

**Interior.** La tranquilidad que se disfruta en todos los ángulos de la monarquía ha hecho que el carnaval de 1830 haya sido no solo en Madrid sino en las principales capitales de provincia sumamente animado.

Aquí hemos visto á todas las clases de la sociedad entregarse á la alegría y al júbilo propio de estos días de bulla y de locura, siendo tan íntima la convicción de que nada es capaz de alterar la paz y el orden que hoy se disfruta, que á pesar de haberse tomado algunas medidas de precaución, tales como la de situar numerosos retenes en algunos puntos de la capital el martes 12, á consecuencia de los rumores que se habían esparcido de intentar algunos mal avenidos con el orden turbar este dando voces sediciosas, protegidos por el disfraz y la máscara que autoriza el carnaval, el pueblo se entregó á la misma alegría que en los días anteriores sin alarmarse en lo mas mínimo á la vista de tales precauciones.

El miércoles de Ceniza no ha sido menos alegre, celebrándose la antiquísima y popular diversion del entierro de la sardina, en que el pueblo esparciéndose por las praderas del canal de Manzanares se entrega á la bulla y algazara despues de merendar y copiosas libaciones hechas en familia. Un sol puro y brillante ha iluminado estas fiestas, pareciendo mas bien habernos en los hermosos días de abril que en los crudos de febrero.

El suceso faustísimo que hace días circulaba de boca en boca de todos los españoles, y que nosotros anunciábamos como próximo á recibir una confirmación oficial, ha sido al fin publicado en las cortes del reino el jueves 14.

El duque de Valencia, de grande uniforme, y rodeado de todos los demas ministros, ha leído sucesivamente en el Senado y en el Congreso el documento oficial en que se consigna que S. M. la reina doña Isabel II ha entrado en el quinto mes de su embarazo.

Difícil es explicar el entusiasmo con que ha sido recibida tan grata nueva por los representantes del país; solo podrá espresarse por el que el mismo país está recibiendo á medida que llegue á saber noticia de tanta importancia, que resuelve tantas cuestiones, que encierra el porvenir y la felicidad de la nación española. Un grito unánime y repetido de ¡viva la reina! respondió á esta comunicacion en ambos cuerpos colegisladores; acordando los mismos presentarse á felicitar á S. M., y poner á sus pies la espresion de satisfacción y entusiasmo con que el país ve el interesante estado en que se halla su reina.

En efecto; al día siguiente 13, S. M. la reina recibió á las seis al Senado, y á las siete al Congreso. de los diputados de la nación, los cuales sin distincion de colores políticos han acudido todos á los pies del trono á dar un testimonio de su respeto, y de la satisfacción con que verán su feliz alumbramiento.

La reina con la mayor emocion contestó á la felicitación de las cortes, cuyos individuos todos tuvieron la honra de besar la mano de la reina y de su augusto

consorte que se hallaba colocado á su lado en el trono.

Los diputados prorumpieron en las mas fervientes aclamaciones al despedir á SS. MM. terminado este solemnísimo acto.

## REVISTA DE MADRID.

Ya pasó el carnaval de 1830. Rápido y fugaz como lo son siempre los momentos de la dicha, ayer se le esperaba con loco entusiasmo, y hoy ha desaparecido de entre nosotros para nunca mas volver.

La condicion de la humanidad seria sin duda alguna bien monótona é insoportable, si el tiempo, con su veloz carrera, no se encargase de mudar á cada instante las decoraciones de ese gran teatro, donde se representan, unas tras otras, todas las escenas de nuestra vida. ¿Qué seria de nosotros si el reposo no viniese á reemplazar de cuando en cuando á los días de agitacion, y si no sucediesen á las horas de tormenta algunos momentos de tranquila y deliciosa calma?—Seguros estamos que el mas apasionado á cualquiera de las estaciones del año, vé venir con gusto, unos en pos de otros, los hielos del invierno, la calma de la primavera, los calores del estío, y los días serenos del otoño. Seguros estamos tambien que todos los habitantes de Madrid han visto sin pesar alejarse de nosotros los gozes del carnaval, y venir tras ellos las austeridades de la cuaresma y las devociones de semana Santa, á las que no tardarán en reemplazar las romerías del verano, las fériás de setiembre y las lluviosas pascuas de diciembre.

¿Y por qué no hemos de ver con entera indiferencia, si ya no con satisfaccion completa, alejarse para siempre la broma y la algazara del carnaval? ¿Por ventura no son bastantes á satisfacer los deseos del mas aficionado á bailar y á divertirse, cuatro días con sus noches, consagrados, sin tregua ni reposo, á esta alegre ocupacion? ¿No basta pasar cuatro días recorriendo las calles por la mañana, los paseos por la tarde, los teatros hasta la media noche, y doce salones de máscaras desde la media noche al amanecer?

Una duda nos ha quedado, sin embargo, cuando vimos que el carnaval se alejaba de nosotros. ¿Han concluido, nos preguntábamos á nosotros mismos, ó comienzan ahora los días en que la sociedad acostumbra llevar puesta la careta?

Semejante pregunta podrá parecer algo estraña á la generalidad de nuestros lectores. Asistennos, sin embargo, muy poderosas razones para abrigar esta duda.

Es verdad que entramos ya en el curso ordinario y habitual de la vida, en que, guardado el antifaz, vuelve á presentarse cada uno con su cara descubierta, como vulgarmente se dice. ¿Y qué es lo que nos ofrece esta vida en su curso ordinario?—Gentes que ayunan en la cuaresma pensando engañar al mundo; y que llo-ran en la Semana Santa, pensando engañar á Dios: que adulan á sus amigos presentes para criticarlos ausentes, y que dan la mano á sus enemigos para engañarlos mejor; niñas que juran amor á uno solo, cuando corresponden á diez; y hombres que prometen querer á una sola, cuando quieren á ciento: mil personas, en fin, que se conocen mutuamente y que á todas horas se encuentran y se cruzan, sin que se atrevan á manifestarse jamás, durante toda la vida quizá, los sentimientos de amor ó de odio, de simpatía ó antipatía que experimentan unas hácia otras. ¿No tendríamos, pues, alguna razon para creer que aun despues de pasado el carnaval la sociedad lleva puesta constantemente la careta?

¿Cuán diferente es la escena que se representa á nuestros ojos en los días de las máscaras? Por todas partes reina la alegría, la animacion, la confianza y la mas cordial franqueza. Al respetuoso y diplomático usted reemplaza el cariñoso tú, con que se han hablado en otras épocas, con que se hablan hoy día los hombres, cuando los unen lazos de estrecha amistad. Los individuos de uno y otro sexo se acercan y se confunden en una deliciosa confianza, descubriéndose cada cual sus escondidos secretos y sus ocultos pecadillos. El que guarda motivos de quejas ó esconde tiernos sentimientos de cariño respecto de alguna persona, se los revela francamente en una noche de máscaras. ¿Cuántas personas, que nunca se hablaron ó que siempre se trataron con las enojosas fórmulas de la etiqueta y del cumplido, se dijeron con singular franqueza, á través de un pedazo de raso negro, cuanto sabían una de otra, cuanto no se hubieran atrevido á decirse jamás, aun el día en que les llegase á unir la amistad mas íntima!—¿No tendríamos, pues, alguna razon para creer que la sociedad se quita la careta mientras duran los días de carnaval?

Careta por careta, mucho mas tupida nos parece la del corazón que la del rostro. Tras esta se descubre

al fin la verdadera fisonomía que oculta: tras de aquella no se adivina jamás el fondo del corazón que encubre. En este concepto, para nosotros es carnaval todo el año: y solo deja de ser carnaval en la temporada de máscaras. Pero como vivimos y queremos vivir siempre con la sociedad y con el mundo,—porque para filósofos nos falta el valor necesario y no tenemos las disposiciones mas felices—diremos otra vez que el carnaval ha pasado ya; y que al pasar ha dejado impresa una huella mucho mas profunda que la de los años anteriores.

En nuestra anterior revista dimos noticia de los principales salones de máscaras que estaban abiertos al público; pero su número ha aumentado considerablemente en los días de carnaval, porque hemos contado en los periódicos hasta doce anuncios de bailes en diferentes sitios. Todos ellos han estado concurridos: y esto basta para dar una idea de lo que ha sido el carnaval de 1830. No contentos con esto los aficionados á máscaras, han convertido, como de ordinario, el primer día de la cuaresma en cuarto día de carnaval, han destinado el miércoles de Ceniza para servir de continuacion á las carnestolendas, han olvidado la austera ceremonia de la iglesia, por correr en pos del vértigo de locura que dominaba sus cabezas en aquellos días.

En cuanto á los bailes de máscaras, solo podremos añadir que todos ellos han ofrecido ocasion de pasar alegremente las noches de carnaval á sus numerosos concurrentes. Entre ellos se han distinguido, sin embargo, como se distinguen siempre, los bailes de los salones del Liceo. Siempre animados y siempre brillantes; siempre llenos de la mejor y mas escogida sociedad que en Madrid concurre á las máscaras, hay alguna cosa en estos bailes que distingue á los salones de Villahermosa de los demas salones de máscaras de la corte. Entre unos y otros no hay nunca términos hábiles de comparacion, por mas esfuerzos que se hagan para llevar á otro punto una parte del esplendor y de la brillantez que en estos se encuentra.

Muchos y muy notables han sido ademas los disfraces, los trages, los grupos, las caprichosas figuras, que han visto la luz del día en los salones del Prado y de Atocha; y muchas las bromas que han dado con estos ridiculos disfraces á la inmensa y escogida concurrencia que los llenaba en los cuatro días de carnaval. Entre estas bromas, ninguna nos ha parecido, sin embargo, mas graciosa y de provecho, ningun pensamiento mas ingenioso que el de convertirse un hombre en periódico de avisos para obtener, como estos, los billetes de bailes que gratuitamente le corresponden. El caso, sin embargo, es positivamente cierto; y tal como es, lo vamos á referir á nuestros lectores.

El martes de carnaval, dos jóvenes escritores tuvieron la singular humorada de formar unos disfraces con pedazos de carteles hechos para los bailes de Villahermosa, en los cuales se leía muy claramente el anuncio. Antes de recorrer el Prado y el paseo de Atocha con tan caprichoso vestido, dirigieron al palacio de Villahermosa, y solicitaron presentarse á los individuos de la junta del Liceo que se hallasen en dicho palacio. Introducidos hasta la sala donde estaban dichos señores, comenzó entre unos y otros el siguiente diálogo:

—Ya veis, señores, dijo una de las máscaras hablando en nombre de ambas, que nuestro traje se compone de los carteles hechos para anunciar el baile del Liceo.

—Así es la verdad, contestaron los individuos de la junta.

—Lo que quiere decir que nosotros somos un anuncio ambulante del referido baile.

—Es cierto.

—Anuncio que va á recorrer todo el Prado, el botánico, y el paseo de Atocha; que vamos á comunicar instantáneamente á treinta mil personas.

—No hay duda.

—En este concepto venimos á pedir lo que la junta concede á todos los periódicos que anuncian el baile. Un billete para asistir á él.

—La junta lo dará con el mayor gusto, dijo el individuo que hablaba á nombre de ella; pero desearia conocer á las personas que le dispensan el obsequio de anunciar su baile.

—Eso es imposible, repuso la máscara: nosotros no somos aquí personas, sino periódicos: queremos lo que nos corresponde en este concepto: bajo el otro no solicitamos cosa alguna.

La junta del Liceo, usando de la galantería que distingue todos sus actos, dió á las máscaras los billetes que le pedían, y aplaudió su chistosa ocurrencia. Nuestros jóvenes cumplieron por su parte la oferta de anunciar por todo el Prado el baile del Liceo, y fueron por la noche á recoger en él el fruto de su trabajo.

Ocupada nuestra imaginación con el asunto mas palpante de la anterior semana, con los recuerdos del carnaval, habíamos hasta ahora omitido, aunque no olvidado, algunas tristes memorias que tambien nos ha legado envueltas entre las bromas de las máscaras, porque así vienen de ordinario, mezclados unos con otros, los placeres y los dolores de la vida. El señor don Manuel Gonzalez Brabo, ha fallecido el lunes de carnaval, y los numerosos amigos de su hijo don Luis se han visto en la precision de trocar en pésames las felicitaciones que á todas horas le daban por su pronto restablecimiento. En estos dias ha fallecido tambien el señor don Nicolás María Garelly, antiguo y respetable magistrado, dignísimo presidente del tribunal supremo de justicia. Consuélese los que de veras le han amado, con pensar que la memoria de sus virtudes vivirá largo tiempo sobre la tierra.

A.

## REVISTA DE TEATROS.

Los teatros han ofrecido algunas novedades en los últimos dias de la anterior semana. Una vez pasado el carnaval, todos han vuelto á fijar en ellos sus miradas considerándolos como el único recurso, como el único medio de distraccion que ofrecen, á falta de bailes y festines, los tristes y silenciosos dias de la cuaresma. Las esperanzas del público no han quedado por esta vez completamente defraudadas. Todos los coliseos de Madrid han hecho algo por el arte dramático en la semana anterior, ya continuando la representacion de buenas comedias, ya poniendo en escena nuevos espectáculos.

En este último caso se encuentran los teatros del *Drama* y de la *Opera*, que parecen decididos á salir del estado de abatimiento y de postracion en que se encuentran. Pero no habiéndose cantado el *Attila* en el Circo cuando escribimos esta revista, no podremos ocuparnos de su éxito hasta el lunes inmediato.

En el teatro del *Drama* se verificó el jueves anterior el beneficio de la Nena. Estrenóse un drama en tres actos y en verso, titulado—no sabemos por qué—*Un baile en la Alhambra*; sea dicho en verdad, se nos figura que no es bastante razon para darle este título el que bailen cinco minutos en presencia del rey moro unas cuantas bailarinas, que nada tienen que ver con el argumento del drama, si es que en el drama hay argumento.—Por lo demas, ni el drama ni su ejecucion nos han dejado satisfechos. A continuacion del drama bailó la Nena el *jaleo de Jerez*, en medio de estrepitosos aplausos, y de una lluvia de flores y de ramos que caian á sus pies. La concurrencia era numerosa y escogida. A la siguiente noche se repitió la misma funcion, bailando la Nena el *Ole*, por complacer sin duda á los numerosos aficionados que lo habian pedido la noche anterior.

Por fin y remate de fiesta se ha representado en ambas noches el sainete *Paca la salaa*. No haria nada de mas la junta de censura en repasar esta y otras producciones de su género, para purgarlas de algunas expresiones que ofenden á los oidos menos delicados. Esto se entiende si no es que el teatro ha de ser la escuela donde vayan las niñas bien educadas á saber algo mas de lo que sus padres y sus maestros les enseñan.

Mientras podemos decir algo sobre la ejecucion del *Attila*, anunciamos á nuestros lectores, si es que no ha llegado antes de ahora á su noticia, que la empresa del Circo está decidida á poner inmediatamente en escena el baile nuevo que lleva por título *Manou Lescaut*. Quiera Dios que su ejecucion sea un poco mas grata que su título. Mucho se habla sobre los individuos que forman parte de la compañía de baile del Circo: mucho se duda de su suficiencia para poner un baile en escena con la perfeccion que el público de Madrid está acostumbrado á ver en las funciones coreográficas de aquel teatro: mucho se teme, en fin, que la compañía de baile de este coliseo haga tan mal papel en este baile como hizo la de la Cruz en *El Diabolo á cuatro*; pero solo al tiempo es dado resolver acerca del mayor ó menor fundamento que tienen estos temores.

En los demas teatros han continuado las mismas funciones de las semanas anteriores.

*Isabel la Católica* sigue dando buenas entradas al teatro Español. Ya lleva un mes en escena y hasta ahora no se dice oficialmente que nuevo drama habrá de sucederle. Es verdad que el reinado de *Isabel la Católica* fué muy largo, y el teatro Español no querrá falsear en este punto la verdad histórica. Por otra parte, una comedia nueva cada mes es un sistema que concilia bastante la unidad con la variedad.

En el Instituto tambien han continuado divirtiendo al público las representaciones de *Andujar* y la tonadilla del *Trípili*. Esta última, sobre, todo excita

hasta el extremo el entusiasmo de la concurrencia, que es siempre muy numerosa.

El martes en la noche tendrá lugar en el mismo teatro el beneficio del señor Pardo, poniéndose en escena la comedia en tres actos que lleva por título *El Carnaval de Nápoles*, y una pieza en un acto titulada *Cenar á tambor batiente*. Dicese que se prepara para fin de fiesta un duo que cantará el beneficiado con el señor Guerrero y que lleva por título *El duo de la caña cascada*: popurrí original compuesto por los referidos ingenios.

La lindísima comedia del señor Rosa, *Con razon y sin razon*, admirablemente ejecutada por los señores Catalina y la señorita Samaniego, ha sido la principal ocupacion de la semana en el teatro de Variedades. Pero al concluirse la misma semana, este teatro se ha reorganizado de la manera que nuestros lectores habrán visto por todas partes en los anuncios de la empresa. La ópera ha hallado en aquel teatro el asilo que le niega por todas partes su malaventurada estrella: y el teatro de Variedades, ciñéndose á modestas pretensiones, se contenta por ahora con ópera cómica, poniendo en escena la *Mensajera*.

De esta novedad nos ocuparemos en la próxima revista.

A.

## SEMANA HISTORICA.

### OBSERVACIONES HISTORICAS SOBRE LA RUSIA.

#### INTRODUCCION.

La Rusia, ese colosal imperio que, asentando su cabeza en los helados desiertos de la Siberia, y extendiendo sus brazos por el Báltico y el Caspio, descarta abrazar con ellos al resto de la Europa, merece ser mas conocido de lo que lo es en general.

Considerado por unos como el centro de la esclavitud y de la barbarie, y por otros como la poderosa palanca que ha de conmover y alterar el estado político y social de las naciones con solo quererlo, son estos juicios, mas bien el resultado de particulares é interesados deseos, que el fruto del íntimo convencimiento de lo que es y desea ó puede ser la Rusia.

Este imperio, mirado como el instrumento de Dios para unos: y cuyo estado presentan otros como la consecuencia á que nos conduciría el retroceso de la marcha civilizadora del siglo, está muy lejos de poder justificar tales observaciones, un tanto exageradas.

No vamos á juzgar desde luego; vamos á esponder ligeramente la historia de la Rusia; y examinándola y su estado actual, se podrán deducir entonces las consideraciones sobre lo que es de esperar ó de temer de ese imperio. Entonces, midiendo las fuerzas del Norte y del Mediodía de la Europa, atendiendo á la marcha constante de los siglos, al sello de progresion y de decadencia que ellos imprimen en los pueblos, á los acontecimientos que, aunque parezcan al principio inesperados é inesplicables, son el resultado natural de esa perenne marcha del tiempo, que sin detenerse por los sucesos, para él insignificantes, de una década ó de una generacion, sigue impávido señalando á cada nacion como á cada individuo, el lugar y el término de su destino, entonces, repetimos, podremos juzgar con mas acierto.

No vamos á hacer una descripcion de los heterogéneos paises que componen el imperio ruso, que como dice muy bien Voltaire, hay mas especies de hombres, mas particularidades y mas variedad de costumbres, que en ningun pais del Universo.

La Rusia no ha marchado paso á paso, como otras naciones, por la senda de la civilizacion. Su trasformacion ha sido casi repentina, ha sido una gloriosa peripecia efectuada por Pedro el Grande. De la mas crasa y rústica ignorancia, llegó al estado floreciente á que solo llegaron otros pueblos despues de grandes conmociones y de colosales esfuerzos. Sus adelantos han sido descubrimientos, llevados á ejecucion instantáneamente.

¿Qué fué la Rusia hasta el principio de la dinastía de los Romanof? ¿Qué fué despues? Pero no vamos á anticipar en esta pequeña introduccion nuestras observaciones.

I.

Casi una mitad de la Europa, una parte del Asia y algunas posesiones en la América forman el imperio ruso, cuya poblacion asciende en el dia á sesenta y seis millones de habitantes.

Su historia la han dividido la mayor parte de los escritores en cinco periodos: el 1.º precede al establecimiento del cristianismo entre las poblaciones eslavas—862 á 1013—: en estos 133 años tuvieron siete soberanos. El 2.º empieza con Wladimiro el Grande, cuyo reinado forma una de las mas gloriosas páginas de la historia rusa, y termina con la invasion de los tártaros en 1238: contáronse veinte y dos soberanos

en los 223 años de este periodo. El 3.º abraza 360 años, en los que reinaron veinte y tres monarcas y se consiguió la destruccion del poder de los tártaros. Desde 1398 hasta la elevacion de la casa de los Romanof en 1613 se coloca el 4.º periodo, en el cual desaparecen los Rurik fundadores de la Rusia. Empezando el 3.º con la eleccion del abuelo de Pedro I, pasa desde entonces la Rusia á figurar en los sucesos europeos y á confundirse su historia con la de las demas naciones.

Descendientes los rusos de los antiguos slavs, que ocupaban lo que verdaderamente se llama la Rusia que forma hoy la parte central del imperio, es indudable que su primitivo estado en nada se diferenciaba del de los otros pueblos de Europa. Guerreros unos, aventureros otros, idólatras, supersticiosos, sometidos al mas valiente ó al mas astuto, y observando todos unas costumbres patriarcales, ofrece su historia poca originalidad.

Los polacos y los drevlianos, los wiatitschos, los radimitschos, los deulebros, los severinos, los dregovitschos, los krivitschos, los vessos, etc., siendo unas veces amigos ó aliados, otras enemigos, presentan cada uno su particular historia, trazada por el cronista Nestor en estas líneas.

«Los polacos, los mas civilizados entre los slavs, observaban las prácticas y las costumbres de sus padres: eran dulces, humildes y respetaban á sus suegras y cuñadas. Los drevlianos, mas bárbaros, vivian como animales, se degollaban, se alimentaban de materias impuras, aborrecian el matrimonio, y arrebataban las jóvenes cuando iban por agua á las fuentes. Los radimitschos, los wiatitschos y los severinos, habitaban como bestias salvajes las florestas, se alimentaban de suciedades, pronunciaban todas clase de palabras vergonzosas delante de sus cuñadas y de sus parientes, desconocian el matrimonio, gozaban en cantar canciones diabólicas y en bailar danzas indecentes, durante las cuales arrebataban á las jóvenes con quienes estaban en inteligencia. A la muerte de alguno se prompuia en fuertes gemidos, y se formaba una hoguera donde se colocaba y se quemaba su cadáver; cogíanse despues sus cenizas en un pequeño vaso funerario y lo colocaban sobre una columna á la orilla de los caminos.»

Tales con poca diferencia eran las de todos los pueblos del mundo. Y con ellas siguieron estos habitantes del Norte hasta que empezó á introducirse una religion que elevaba las almas al conocimiento del verdadero Dios. La sabiduria ademas del monarca sucesor de Iarapolk I, comenzó á ir dulcificando las costumbres bárbaras de algunos pueblos, demostrando los sentimientos religiosos de que hasta entonces no habian hecho alarde ninguno de sus seis ascendientes que lo fueron Rurik, Oleg, Igor, Olga, Sviatoslag y el ya citado Iarapolk I.

A Wladimiro el Grande sucedió Sviatopolk I, y á la muerte de este Iaroslav I, en cuyo reinado se formó el primer código de la legislacion rusa, que llevó el nombre del monarca.

En los reyes posteriores sobresale Wladimiro II, que como el antecesor de su nombre dejó gratos recuerdos á la Rusia, é hizo que los Wladimiros sean nombrados con el respeto y la admiracion que engendraron sus grandes hechos.

Wladimir II llamado el Monomaco, elegido por los habitantes de Kief en 1143, era de la dinastía de Rurik. Contiene los excesos que querian cometerse contra los judíos, dulcifica la suerte de los esclavos, salva á la Rusia de las guerras civiles que la destruyen, triunfa de los enemigos del exterior y deja al morir un documento tan notable, legándole como testamento á sus hijos, que su reproduccion, como dice muy bien Saint-Prosper, pertenece á la historia, porque arroja una viva luz sobre este príncipe y sus contemporáneos.

«Mis queridos hijos, dice, alabad á Dios y amad á los hombres; porque no es el ayuno, ni la soledad, ni la vida monástica, lo que os dará la vida eterna; es solo la beneficencia. Servid de padre á los huérfanos; juzgad vosotros mismos á las viudas, y no impongais la muerte al inocente ni al culpable, porque nada es mas sagrado que la vida y el alma de un cristiano. No os desviéis de los sacerdotes, tratadlos bien para que rueguen á Dios por vosotros; nunca violéis el juramento prestado sobre el crucifijo. Mis hermanos me han dicho: ayudadnos á destruir á los hijos de Rostislaf, y á apoderarnos de sus provincias ó renunciad á nuestra alianza; pero les he contestado que no podia olvidar que habia besado la cruz. Pensad en que el hombre debe estar siempre ocupado. Cuidad vosotros mismos vuestros negocios domésticos, y huid de la embriaguez y de la corrupcion. Amad á vuestras mugeres, pero no las concedais ningun poder sobre vosotros. Procurad incesantemente el instruirlos: sin salir de su palacio, hablaba mi padre cinco lenguas, cosa que los estrangeros admiran en nosotros. Sed vigilantes en la guerra: servid de ejemplo á vuestros soldados. No os entreguéis al reposo sino despues de haber colocado vuestros centinelas.»

«Cuando viajeis por vuestras provincias, no permitais que vuestro acompañamiento haga la menor injuria á los habitantes; y coma á vuestra costa el dueño de la casa en que os alojéis. Si experimentais alguna indisposicion, prosternaos tres veces delante del Señor: que jamás os encuentre el sol en vuestro lecho. En los primeros albores de la mañana, mi padre y todos los hombres virtuosos que le rodeaban, obraban así: glorificaban al Señor; sentábanse en seguida para deliberar ó para juzgar al pueblo, ó iban á caza,

II.

La Rusia todavía no presentaba en definitiva ninguna forma de gobierno determinado: allí se mezclaba la feudalidad á la libertad municipal. Cuanto mas se ensanchaban los límites del reino, mas imposible era su gobierno; se aumentaban las ambiciones, se suscitaban las guerras civiles, y el resultado de este caos fué la invasión de los tártaros ó mongoles—1223—y la pérdida de la independencia nacional de la Rusia.

Erigen ciudades, instalan gobiernos en medio de cada principado, establecen impuestos y se constituyen los señores feudales de los principados rusos.

Al cabo de cerca de trescientos años recobraron los

y dormían al medio día, lo que Dios ha permitido al hombre como á las bestias y á las aves. En cuanto á mí estoy acostumbrado á hacer por mí mismo lo que podía mandar á mi servidor: en la noche como en el día, en el estío como en el invierno, estaba en una continua actividad; todo lo quería ver por mis ojos: jamás abandoné á los pobres ni á las viudas á las vejeciones de los poderosos: era un deber en mí inspeccionar las iglesias y las sagradas ceremonias de la religión, así como la economía de mis bienes, de mis caballerizas, de mis buitres y de los halcones de mi montería. He hecho ochenta y tres campañas y expediciones; he concluido diez y nueve tratados con los polovtks, ó polacos; les he cogido ciento de sus príncipes, á quienes he devuelto la libertad; y he hecho morir á doscientos precipitándolos en los ríos. Nadie ha viajado con mas rapidéz que yo: partí una mañana de Tchernigof, y llegué á Kíef antes de anocheecer. ¡Cuántas caídas de caballo he sufrido en mi juventud! Me herían en los pies, en las manos, me rompía la cabeza contra los árboles; pero el Señor velaba sobre mí. En la caza en medio de los montes mas espesos, ¡cuántas veces he herido yo mismo y atado juntos los caballos salvajes! ¡Qué de veces he sido derribado por los búfalos, herido por las astas de los ciervos, y hollado por los pies del ante! Un jabalí furioso rompió mi espada, suspendida alrededor de mí; mi silla fué desgarrada por un oso; esta fiera terrible se arrojó sobre mi corcel y le hizo caer sobre mí; pero el Señor me protegia. ¡Oh hijos míos! no temáis á la muerte ni á las fieras; confíaos á la Providencia; ella está sobre todas las precauciones humanas.»

Estas líneas dan una grande y exacta idea de aquel monarca, y demuestran los sentimientos de moralidad que se hallaban en aquellas apartadas y frias regiones á cuyos habitantes se les ha querido confundir con las bestias de sus montes. Hoy que tan liberalizada se encuentra la sociedad humana, que se hace tan ostentoso alarde de la generosidad de sentimientos, sería ensalzado el monarca que legara á sus hijos los consejos de Wladimiro.

Las primeras líneas en que recomienda el amor á los hombres, servir de padre á los huérfanos, no imponer la muerte ni aun al culpable, y ejercer la beneficencia, porque con ella, y no con los ayunos, ni con la soledad, ni con la vida monástica se consigue la vida eterna, bastan para demostrar que donde tales consejos se dan, y se propagan y se obedecen, no existen desconocidas esas sublimes dotes que elevan al hombre, forman la noble generosidad de sus sentimientos, y demuestran el estado de su ilustración religiosa.

Habría ignorancia, fiereza en el carácter de sus habitantes; pero la una la destruya el tiempo, y se dulcifica la otra con las creencias religiosas, si tienen por base á Jesucristo ó á su doctrina, siempre que sus alteraciones no destruyan esa divina caridad que personifica á nuestra religión.

Estos nobles sentimientos que poseía Wladimiro II, no eran, es cierto los predominantes en la Rusia; pero evidenciaban lo que se había adelantado en el cristianismo desde su establecimiento en el Norte por Wladimiro el Grande, que adquirió el trono asesinando á su hermano Yaropolk, que también se había elevado por los mismos medios. Sus victorias luego, hicieron cambiar el sobrenombre de fratricida por el de Grande. Conquistó la Rusia Roja, conocida actualmente por la Galitzia, y se apoderó de la Livonia. Distinguióse al principio de su reinado por su excesiva ferocidad, y su afición á los deleites, complaciéndose en tener á su disposición mas de mil mugeres repartidas en Visigod, en Bialgorod y en Berestow. El dió los primeros mártires á la Rusia, que son San Fedor y San Juan, padre é hijo, y él fué en fin quien introdujo el cristianismo, en lo cual tuvo una gran parte su madre Olga. Pero feroz también en este acto á que debiera inducir á sus subordinados, si no por la persuasión por el mandato al menos, ordenó recibir el bautismo so pena de perder la vida. *Si no fuera una cosa buena, ni el príncipe ni los boyardos lo hubieran hecho*, decían los subditos demostrando así su tranquila sumisión; y todos se bautizaron de una vez en el Dnieper. En algunos bageles que surcaban por las aguas iban sacerdotes echando las bendiciones, y Wladimiro al mismo tiempo de rodillas en la ribera, invocaba la protección de Dios sobre sus nuevos hijos.

El cristianismo cambió sus costumbres hasta tal punto que se le oía decir: *¿Quién soy yo para condenar á los demás á muerte?*

Wladimiro II, como hemos visto, había comprendido la verdadera doctrina de la religión y continuó la obra del antecesor de su nombre, muy destruida por las implacables guerras civiles que había experimentado la Rusia.

Este monarca fué el primero que usó el nombre de czar, que segun Voltaire proviene de los tzars ó tchares del reino de Cazan; pero en el idioma slavo significa grande, si bien fué como espesa Cantú, una corrupción de César, que le dió el emperador griego juntamente con el de autócrata de los principados de Rusia. Otros historiadores suponen fué Ivan IV, el primero de los czares.

Uno y otro Wladimiro se ocuparon también en hacer progresar las artes, ya construyendo á Santa Sofía, ya haciendo otros edificios que se admiran, á la par de varios objetos, de los cuales reproducimos el trono de Wladimiro, en cuya lámina se representa, sino la perfección, porque las artes no tienen término, el adelanto en que se hallaban en cierto ramo.

Tomo I.



Trono de Wladimiro.

rusos su nacionalidad. Basilio II Demetriowitch, primogénito de Demetrio Donski, reunió cierto número de principados, y consiguió en 1396 una célebre victoria sobre los invasores, siendo poco después arrojadado de la Rusia.

Ivan III ocupa entonces el trono ruso, reconstituyendo la monarquía. Unió á Moscou varias poblaciones, y teniendo Ivan ese instinto del poder que le hacía preveer los sucesos, trató de conseguir la unión de los partidos que en infinitas divisiones se destruían, y al fin los reconcentra y los impele á combatir á los tártaros. Conquista después á la gran Novogorod, y de triunfo en triunfo llega su poder hasta los montes Ourales, dominando también la Siberia.

Ivan III murió en 1505: Basilio Ivanowitch, después de librarse de un sobrino á quien su padre nombró heredero, asciende al trono, á ser el IV de los Basilius. Quiso hacerse reconocer rey de Polonia á la muerte de Alejandro; pero naufraga en esta tentativa.

Al morir en 1533 dejó engrandecido el imperio; y dícese que en su tiempo se hizo uso por primera vez de la artillería.

La memoria del anterior monarca es en el día grata al pueblo ruso. Hizo recobrar su nación parte de su dignidad perdida; se contuvieron algun tanto los crímenes y los excesos que se cometían en todas partes, y merced á la religión cristiana y á la sabiduría del clero, que ni abusó de su poder ni de su riqueza, comenzaron á ponerse los cimientos para una gran monarquía nacional; pero se adelantaba poco ó mas bien se derruía al momento lo que se construía con trabajo.

A. P.

## LA CAZA DE UN OSO EN EL PIRINEO.

(RONCESVALLES.)

I.

El invierno de 1829 fué uno de los mas rigurosos de este siglo. En España fueron generales los frios y las nieves, y hasta las provincias meridionales, en las cuales una nevada suele ser un fenómeno curioso que apenas se presenta de siglo en siglo, se vieron cubiertas de espesas capas de blanca nieve, con no poca admiración de sus afortunados habitantes.

Pero donde naturalmente se hizo sentir el invierno con mas rigor, fué en el pais vascongado. El tránsito de un pueblo á otro se hizo imposible, y hubo caseríos sepultados bajo los hielos por espacio de muchos días.

Los pocos viajeros que por necesidad tenían que atravesar aquellas montañas, corrían peligros inauditos, ya de ser arrebatados por una avalancha, ya de caer en profundos ventisqueros, ya en fin, de ser devorados por manadas de lobos hambrientos, que abandonaban los bosques y rondaban atrevidamente las poblaciones.

Hallábame yo entonces en Goizueta, solazándome con los exquisitos jamones de que se hallaba provista la despensa de un tio, cura de aquella villa, aficionado á la buena mesa y cazador infatigable.

Las abundantes nevadas que caían sin interrupción no nos permitían abandonar los linderos de la población; y esperábamos con ansia que el tiempo abonanzase algun tanto para salir á recorrer las montañas vecinas, pobladas de corzos y jabalíes.

Interin llegaba esta ocasion, pasábamos el tiempo lo mejor posible, proyectando cacerías en grande al rededor de una mesa bien servida y en sabrosa conversacion, sazónada con sendos tragos de vino de Mendigorria.

El día de Reyes comenzó á despejarse algun tanto la atmósfera, y por la noche nos hallábamos ya reunidos en casa del escribano del pueblo, decididos á emprender una batida el día inmediato, cuando se presentó un robusto azezoano portador de una carta del prior de la abadía de Roncevalles.

La carta venia dirigida á mi tio, y en ella le suplicaba el prior en nombre de su buena amistad, pasase á hacerle una visita á la abadía, acompañado de su excelente jauría, con el objeto de cazar un enorme oso negro que había aparecido en aquellas cercanías, devorando cuanto bicho viviente caía en su poder.

El prior, que sin duda conocia á fondo el carácter y gustos de mi tio, no escaseaba en su misiva las alabanzas mas lisonjeras acerca de la abundancia y buena calidad de los vinos de su bodega, sin olvidarse de encomiar la habilidad sin igual de su cocinero para preparar un buen estofado de ternera.

Cada una de estas circunstancias, por sí solas, hubieran sido bastantes á animarnos; no es, pues, de extrañar que todas juntas nos incitasen de tal manera que al amanecer del siguiente día nos pusiésemos en marcha en número de catorce cazadores, acompañados de veinte perros, flor y nata de los sabuesos y mastines de las montañas de Navarra.

Al anochecer del inmediato día llegamos á nuestro destino después de atravesar el pintoresco valle de Bastán, los puertos de Eugui y la llanura denominada *Prado de Roldan*, con nieve á la cintura en casi todo el camino.

Era para mí enteramente nuevo el asistir á una cacería de tanta importancia: así es que no cesé de ostigar con mis preguntas á un primo de mi misma edad, montañés rudo en toda la estension de la palabra, ágil como un cerzo, fornido, audaz y avezado á toda clase de peligros y fatigas. Uno de esos bellos tipos que se encuentran en aquellas montañas, tipos preciosos, irreconciliables en sus odios, pero que elevan su amistad hasta el heroísmo; por lo demas, imagen verdadera de los hombres primitivos.

Gran tirador de barra, jugador de pelota nada común, capaz de embalar en su estómago un mediano cordero y de trasegar de la odre á su vientre cuatro azumbres de vino, sin siquiera apercibirse de ello.

Este excelente jóven me amaba con pasión, y posteriormente me ha dado señaladas muestras de su

46 x

afecto en circunstancias sumamente críticas, durante la guerra civil, en la que tomó parte sin otra razón que la de haber yo empuñado las armas.

Francisco, (asi se llamaba, se había constituido en mi *cicerone*, y era el encargado de contestar á mis impertinentes preguntas. Cualquiera otro se hubiera impacientado en su lugar; pero Francisco no solo me amaba, sino que se complacía en hacerme ver con orgullo que en ciertas materias podía ser mas instruido un cazador montañés, que un magistrado *in fieri*. Entonces estudiaba yo el *Vinio*.

Así es que cuando por inesperienza ó descuido caía yo en algun ventisquero y me enterraba en la nieve hasta el cuello, acudía á sacarme de aquel mal paso agarrándome por la capucha de mi *capusay*, y suspendiéndome en el aire como á un monigote de paja no sin murmurar:

—Estos chicos de las ciudades no sirven mas que para hacer burla de los aldeanos, y reirse en sus barbas cuando nos presentamos en sus salones.

—Francisco, le contestaba yo, en mi casa has sido bien recibido siempre que has venido por allá.

—Sí, sí; pero no se me olvida la burla que me hiciste cuando me obligaste á ponerme tus malditas botas. Y eso que tú debías recordar, que á los ocho años tus pies no conocían otro calzado que el natural.

—Tienes razón.

—Ya se vé que la tengo. Si no hubieras abandonado nuestras montañas para ir á estudiar, serías muchacho de mas provecho, al paso que ahora para nada sirves.

—¿Cómo es eso?

—Lo dicho, dicho. Ya lo veremos si no el día de la cacería. Créeme, Pepe, proseguía, tú no serás jugador de pelota, ni podrás andar ocho leguas en un día con la nieve á la rodilla. En las universidades os haceis flojos, haraganes, delicados, y solo aprendéis á mover la lengua mas de lo que debierais.

El tiempo se ha encargado de justificar algunas de sus profecías.

Al llegar á la abadía de Roncesvalles, fuimos recibidos por el prior y sus canónigos, rollizos y escelentes sacerdotes, que pasaban su vida en aquel desierto con una esplendidez envidiable.

Al divisar las altas torres del monasterio, las robustas paredes de que se halla revestido, las ojivas ventanitas cubiertas de vidrios pintados; al mirar las casas de los vecinos del pueblo agrupadas al rededor de la inmensa mole de la vivienda monacal, figurábase hallarme trasplantado á otros tiempos, y mi imaginación retrocediendo siete siglos, me presentaba aquel conjunto como obra de otra época mas remota. En una palabra, me encontraba de lleno en los tiempos de la edad media.

Y la ilusión podía ser racional y completa al fijar la atención en nuestra jauría, en nuestros trages, en los de los canónigos que salían á recibirnos, en aquel grupo de paisanos que nos examinaba atentamente, saludando con respeto al poderoso prior que les echaba su bendición.

Cerráronse las macizas puertas del monasterio, recorrimos sus inmensos claustros, precedidos por criados que nos alumbraban con hachones de cera, y muy pronto pudimos descansar nuestros miembros fatigados y secar nuestros vestidos empapados en agua, en la cómoda y magnífica celda prioral.

Nuevo, muy nuevo era para mí todo lo que pasaba á mi vista, y encontraba un placer indefinible en alimentar mas y mas mi imaginación con las ideas que se me ofrecían en montón.

—Aquel es el altivo señor de esta fortaleza, pensaba yo fija mi vista en el prior muellemente sentado junto á la inmensa chimenea, en la cual ardía un mediano monte de leña. He aquí sus principales oficiales: nosotros somos el séquito de otro baron feudal que viene á formar alguna alianza con su vecino: yo soy su page escanciador, el que quita la caperuza á su halcón favorito, el que sujeta la brida de la hacanea de la castellana, el que lleva el escudo y pendon del señor en un día de batalla; este, proseguía pensando y mirando á mi primo, es el montero mayor, el que prepara la batida, el que tañe el alhalí cuando el noble ciervo se lanza de su guarida: aquel....

Una carcajada estrepitosa vino á distraerme en mis sueños de la edad media.

Era mi buen tío, que se reía á pulmon desplegado al recuerdo de cierta travesura estudiantil ejecutada mancomunadamente con el reverendo prior.

—Acércate, Pepe, acércate, me gritó. Aquí tienes un escelente amigo, de los pocos que se encuentran hoy. Plegue á Dios tropiezes con otro semejante en tu carrera de leyes.

—¿Es tu sobrino? le preguntó el prior, golpeando con su redonda mano mis mejillas.

—Si amigo; ha querido asistir á la cacería y nos ha seguido por montes y vallados con un valor heroico.

—Pero dudo mucho que hubiese llegado hasta aquí sin mi ayuda, repuso Francisco. Mas de veinte veces he tenido que desenterrarlo de la nieve.

No sé lo que hubiera yo contestado en aquel momento, en que mi amor propio se veía mortificado, si una campana y la voz de uno de los criados no nos hubiese anunciado que la cena nos aguardaba.

Todos nos levantamos al oír aquel agradable mensaje, y nos encaminamos al refectorio.

Aquí me esperaba otra sorpresa muy en armonía con las ideas que tenazmente volvían á apoderarse de mi imaginación.

Una mesa de colosales dimensiones gemía bajo el peso de enormes cuartos de venado y jabali, humeando en anchas fuentes de zinc. Mas allá se descubrían truchas á docenas en cacerolas brillantes. Grandes garrafas de cristal encerraban en su seno por azumbres el dulce Peralta, el rubicundo Tudela, el supurado de Rioja, la cidra de Hernani; y en el centro de aquel gran círculo de viandas succulentas y apetitosas, alzabase orgullosa media ternera estofada, plato favorito del prior y de mi tío, flanqueada por botellas de anisete, malvasía y otras bebidas alcohólicas.

Era, en resumen, una de aquellas cenas homéricas cuyos recuerdos han llegado hasta nuestros días. Mas á pesar de tanta abundancia, los platos iban quedando vacíos, como por encanto; los vinos y licores desaparecían con increíble rapidez, y debo confesar que fui uno de los que mas contribuyeron á aquella prodigiosa desaparición.

Durante la cena rodó la conversacion acerca del objeto de nuestro viaje, y el prior nos informó de que el oso que veníamos á cazar desde tan lejos se había hecho tan audaz y temible, que ninguno se atrevía á alejarse de la población, por no ser devorado.

—Mañana te lo traemos, atravesado en un mulo, le dijo mi tío, que aguardaba el día inmediato con todo el ardor de un cazador entusiasta.

—Andarse con tiento, amigos; replicó el prior; me han dicho que es un animal enorme, muy ágil, y feroz en extremo.

—¿Qué te parece de esto? le preguntó mi tío á Francisco, que no había cesado un momento de comer y beber hacia una hora.

—¡Bah! ¡bah! contestó riéndose. Que se presente ese señor á veinte pasos de distancia, y ya veremos para qué le sirve su agilidad.

—¡Diablo con el muchacho! exclamó el prior; ¿y tendrías serenidad suficiente para apuntarle bien?

—¿Y por qué no? contestó bebiendo de un solo trago un vaso de supurado.

—Pues yo te juro en mi ánima, que echaria á correr apenas lo viese.

—Pronto te alcanzaria, le respondió mi tío. Pero no tengas cuidado; yo prometo que su piel abrigará tus pies este invierno.

—Dios lo quiera; te aseguro que no faltará quien te lo agradezca; los pobres arrieros sobre todo, están acobardados con la fiera que los persigue encarnizadamente.

—¿Y hacia qué punto se deja ver con mas frecuencia?

—En el camino del portillo de Francia.

—¿En el paso de Roldan?

—Sí.

—Muy bien. Ahora señores á dormir, que mañana nos toca madrugar.

Rezó el prior el *Benedicite*, aparecieron los criados con luces, y cada uno se dirigió al aposento que se le hubo destinado.

Eran las once de la noche, y la cena había durado dos horas y media.

Francisco y yo nos encontramos únicos propietarios de una mediana sala, desde cuyas dos rasgadas ventanitas se divisaba el lindero de un bosque inmediato.

No pude resistir al placer de contemplar aquel agreste paisaje, cubierto de nieve é iluminado por la luna, cuyo brillo purísimo se extendía por todo el firmamento, sin que la mas ligera nubecilla viniese á empañarlo.

Abri en consecuencia una de las ventanitas, y asomado á ella púseme á contemplar el espectáculo que tenía á la vista.

Si cuando llegamos al monasterio me había formado la ilusión de que me encontraba en uno de los castillos feudales de la edad media, poblado de pages, damas y caballeros, aquella fue adquiriendo mayor fuerza de realidad, cuando me asomé á la gótica ventanita.

Descubríase al frente y en primer término una vasta llanura cubierta de nieve congelada, que al reflejar los rayos de la luna parecia ser un blanquísimo tapiz sembrado de brillantes, topacios y esmeraldas.

Mas allá se divisaban, medio ocultas en una ligera neblina, las caserías del pueblo de Burguete.

A mi derecha, elevábanse hasta confundirse con el azul mate de la atmósfera, los elevados picos del Iru y de las demas montañas que forman aquella cordillera titánica.

A mi izquierda, el espectáculo era mas sorprendente. Robles seculares, centenarios pinos, se veían despojados de su follaje, moviendo lentamente sus copas al través de la brisa espirante.

Sus negros troncos resaltaban mas y mas sobre el fondo blanco de la llanura, y sus gigantescas ramas semejábanse á los descomunales brazos de alguna fantasma colosal.

En medio del sepulcral silencio de la noche, tan solo interrumpido por el ruido lejano de los torrentes, mi oído percibía algunos sonidos extraños que aunque débiles en un principio, iban haciéndose mas perceptibles.

Mi primo se había acostado y dormía profundamente. Quise despertarlo para hacerle notar aquella circunstancia; pero me despidió echando pestes y reniegos, y hubo de renunciar á su compañía.

Entretanto aquel sonido singular, que tanto me preocupaba, iba creciendo por grados.

¿Seria ilusión mia? Tal vez.

Mi acalorada fantasía, mas acalorada con las libaciones de la cena, y el espectáculo que se ofrecía á mi vista, presentábame aquel heroico combate de los ejércitos de Carlo-Magno contra los montañeses navarros: si, si: ese era sin duda el ruido que oía: el crugir de las lanzas, el relinchar de los caballos, el choque de las piedras contra las corazas, el silbido de las flechas, los gritos de los vencedores, los alidos de los heridos, el estertor de los moribundos.... Si, si: ya estaba explicada la causa del rumor que llegaba á mis oídos.

Iba á cerrar la ventana para acostarme á mi vez, cuando percibí, sin que me quedase duda alguna, un grito claro, penetrante, que chocando en las peñas vecinas, se prolongaba hasta lo infinito repetido por los ecos.

—¡Francisco! ¡Francisco! grité á mi primo sin poderme contener.

—Déjame dormir con mil diablos, sino me marchó á la cocina: me contestó de muy mal humor.

—Levántate: aquí sucede algo extraño.

—¿Y qué diablos quieres que suceda?....

En este momento oyóse de nuevo el mismo grito de antes.

—¡Oh! ¡oh! ¿qué ruido es ese? dijo levantándose y acercándose á la ventana conmigo.

—No sé; pero lo estoy oyendo hace media hora.

—¡Ah! Ya sé lo que es, me dijo despues de haberlo oído otra vez.

—¿Y qué es ello? le pregunté con ansia.

—¿Qué ha de ser? Roldan, que tañe su bocina pidiendo auxilio: me contestó con la mayor seriedad.

—¿Qué Roldan?

—Toma: uno de los doce pares de Francia que murió en el portillo, respondió metiéndose tranquilamente en el lecho.

Imposible me fué contener la risa. Francisco se incomodó y trabamos una disputa acalorada acerca de duendes, fantasmas y aparecidos.

Judío: mil veces judío: me dijo colérico. ¿Eso os enseñan en las universidades? ¿Con qué no hay brujas, eh? ¿Con qué no se aparecen las almas de los cuerpos que han quedado insepultos? Sal, sal, á pasearte por ese bosque de enfrente, y yo te respondo que antes de andar cincuenta pasos tropezarás con el *Basa-jon*.

Por toda respuesta cerré la ventana y me metí en la cama. Cinco minutos despues cerré los párpados y me quedé dormido, arrullado por los ronquidos de mi buen primo.

Durante la disputa, habíame ya borrado la impresión producida por el grito que tanto había llamado mi atención pocos momentos antes.

## II.

Apenas la aurora teñía con sus pálidos reflejos las montañas vecinas al monasterio, cuando la jauría reunida en el ancho patio nos despertó á todos los cazadores con sus ladridos atronadores.

Los gritos de los perreros, los sonidos de las trompas de caza, las voces de los que mas habían madrugado, formaban un ruido tan infernal, que me fué forzoso dejar el lecho aunque de malísima gana.

Mi primo no solo se hallaba levantado ya, sino que, con el cuidado que pudiera tener una madre por su hijo al marchar á una expedición lejana al par que peligrosa, había limpiado mi escopeta de dos cañones, ensebado mi cuchillo de monte, registrado mi frasco de pólvora, adobado mis abarcas, y en una palabra, preparado todo de manera que nada me faltase.

Mi tío el cura, con su rubicunda y alegre faz, que rebosaba salud por todos sus poros, nos esperaba impaciente rodeado de los demas cazadores y seguido del prior, que no dejaba de amonestarle para que tomase las mayores precauciones contra la fiera que íbamos á cazar.

—¿Se ha levantado ese perezoso? gritó en el momento que yo asomaba por el umbral de la puerta.

—Ya estamos aquí, le contestó Francisco riéndose. Trabajo me ha costado despertarlo.

—Cazador que no madruga, mal cazador; repuso sentenciosamente mi tío.

—Si apenas ha amanecido, respondi hostezando....

—¡Bah! ¡bah! me parece que no servirás para gran cosa, replicó apretándome cariñosamente la mano.

—Cuidado, muchachos, añadió el prior: no os separéis unos de otros, y sobre todo apuntad bien.

—No tengais miedo, señor prior, le dijo mi primo. Pepe y yo no nos separaremos; y ademas nos acompañará el *Tigre*, que es su perro favorito.

—Ea pues, buen día y caza de largo, yo voy á celebrar la misa del alba.

Despedímonos del buen prior, y un cuarto de hora despues perdimos de vista el monasterio y nos internamos en los bosques.

Para mejor registrarlos, nos dividimos de dos en dos como las parejas de una guerrilla, formando un ancho semicírculo y colocando en los espacios de cada pareja los perros con los que los conducían.

No dejamos barranco por explorar, ni peñasco por escudriñar, pero todo fué en vano. El oso no parecia, ni se descubría en la nieve rastro alguno que pudiera servirnos de norte.

En estas pesquisas inútiles anduvimos hasta las tres y media de la tarde, hora en que se juzgó prudente volver al monasterio para no dejarnos sorpren-

der por la noche en aquellas soledades cubiertas de nieve y de hielo.

Yo estaba molido de tanto subir y bajar cuevas, y poco acostumbrado á semejantes faenas, tenía las manos ensangrentadas á fuerza de trepar por peñascos llenos de maleza.

Sentéme, pues, al pié de una roca. Francisco se echó en tierra á mi lado y el Tigre me lamia las manos.

Los demás cazadores emprendieron la retirada.

La atmósfera, si bien encapotada de nubes, no amenazaba tormenta; antes al contrario se observaba una calma profunda, que presagiaba una noche, fría si, pero serena.

—La noche se nos echa encima, Pepe, me dijo Francisco: echemos á andar.

—Espera un poco, le contesté: no estará de mas el que bebamos un trago antes de ponernos en camino.

—Como quieras, replicó alargándome la bota.

—Si, si; y de paso me contarás algo acerca de la bocina del amigo Roldán.

—Mira, Pepe, me dijo frunciendo el ceño: todo te lo perdono, menos burlarte de mis creencias. Si como yo, hubieras pasado semanas enteras en los bosques sin mas compañía que un perro y la escopeta á la espalda, sabrías muchas cosas que no sabes, y aprenderías á temer á Dios y á no burlarte de los muertos.

—No te enfades, Francisco, por estas pequeneces. Yo no tengo la culpa de que me hayan enseñado á temer á los vivos mas que á los que no lo están.

—Temer á los vivos, contestó con desdén sonriente. Mientras tenga mi escopeta al lado no temo á ninguno que se me presente por delante.

Iba yo á responderle, cuando oímos muy cerca de nosotros el mismo grito extraño y penetrante que había herido nuestros oídos la noche anterior.

—He aquí á tu Roldán tañendo de nuevo su bocina, le dije riéndome y muy ageno de pensar la verdadera causa de aquel grito.

Pero observé con asombro y terror la palidez del rostro de mi primo, y que con un dedo puesto en la boca me indicaba guardase profundo silencio.

Tigre tenía crizados los pelos sobre el lomo y lanzaba un sordo y siniestro gruñido.

De repente exclamó Francisco:

—¡Maldición! he perdido mi trompa de caza.

—¿Pero qué sucede? le pregunté en voz baja.

—¿Qué sucede? mira á nuestra derecha: ¿no oyes nada?

Percibíase en efecto el chasquido de algunas ramas secas y el ruido sordo y pausado de un hombre que camina despacio; pero nada divisé.

La noche empezaba á cerrar, y las nieblas se derumbaban rápidamente desde las cumbres hacia los valles.

De improviso resonó por el espacio otro grito mas sonoro que cuantos hasta entonces habíamos percibido, y al volver la cabeza vimos, mudos de espanto, que un formidable oso negro nos miraba puesto en dos pies á veinte pasos de distancia.

Toda la sangre se heló en mis venas al verlo, y casi maquinalmente me eché la escopeta á la cara.

—Detente por Dios, me gritó mi primo bajándome el arma, ó de lo contrario somos perdidos.

El animal se mecía indolentemente, gruñía de placer sin duda, viendo tan próxima una presa deseada y que conceptuaba segura; y tenía clavados en nosotros sus feroces ojos.

La estatura de la fiera era gigantesca: sus brazos fornidos dejaban ver en sus estremidades uñas encorvadas y robustas.

—Preparémonos á una lucha cuerpo á cuerpo, le dije á Francisco, al ver que el oso empezaba á moverse.

—¡Ah! si estuviera yo solo.... exclamó aquel desventurado su cuchillo de monte.

—¿Qué harías? le pregunté.

—Le tiraría un escopetazo y huiria.

—Pues hazlo y huirémos.

—Huir contigo.... replicó mirándome de arriba á abajo; eso es imposible. Estás cansado y antes de que desees veinte pasos sentirías la garra del oso clavada en tu cuello. No, no: hagamos otra cosa....

El oso dió un gruñido fuerte y se lanzó hacia nosotros.

Veloz como el pensamiento, saltó Francisco hacia adelante y se colocó entre la fiera y yo.

Los ojos de mi joven primo brillaban de una manera extraña, y en su mano derecha armada con el ancho cuchillo de monte se notaba cierto temblor febril que anunciaba una resolución suprema.

Pero aquella lucha hubiera sido muy desigual si cuando el oso estaba á dos varas de distancia no se hubiese presentado otro combatiente.

Tigre, que hasta entonces no había hecho mas que gruñir y encorvar su lomo, se lanzó á su vez sobre la fiera, y con aquella fuerza y agilidad prodigiosa de todos los perros de su raza, asíó al oso por las lanas del cuello y haciéndole perder el equilibrio lo tiró al suelo.

La rabia del animal fué terrible: aulló de una manera espantosa y se avalanzó al perro; pero este era muy ágil y amaestrado, y sorteaba las acometidas de la fiera con sorprendente habilidad.

—Nos hemos salvado, exclamó Francisco.

—Hagamos fuego, le dije preparando la escopeta.

—Quietos con mil demonios, me gritó. ¿Quieres que

si no lo matamos, abandone al perro y dirija su furia hacia nosotros? guardemos los tiros para el último estremo.

Entretanto el oso se esforzaba en vano por coger al perro, que cada vez que hurtaba el cuerpo, no dejaba de dar alguna dentellada á la fiera, que bramaba de furor.

Mi primo entonces comenzó á dar gritos desaforados, á fin de que nos oyese los demás cazadores, los cuales estaban sumamente cuidadosos al echar de ver que no estábamos con ellos.

Al fin, despues de un cuarto de hora de angustias, oímos el sonido de sus trompas, los ladridos de sus perros, y los gritos que daban para anunciarnos su llegada.

Cuando el oso oyó aquel ruido, empezó á retirarse pausadamente, le disparamos dos tiros, y desapareció en la espesura.

Los cazadores llegaron abrumados de cansancio, y temerosos de una desgracia.

—Pepe, Pepe, ¿dónde está Pepe? gritaba mi pobre tio jadeando y cubierto de sudor.

—Aquí estamos, tio, le contesté.

—¿Pero estais sanos?

—Si, tio, si.

—Gracias á Dios; ¿pero qué diablos ha sucedido?

—Qué ha de suceder, le contesté; que si no hubiera sido por Francisco me despedaza el oso.

—¡Misericordia! exclamaron todos los cazadores; ¿habeis visto el oso?

—Como os estoy viendo, respondí.

—¿Y Francisco? ¿Dónde está Francisco?

Entonces oímos en la espesura la detonacion de una arma de fuego y un aullido penetrante.

Corrimos todos por aquel lado, y muy pronto encontramos á mi primo que cargaba su escopeta con la mayor serenidad.

—Lo he herido como hay Dios, dijo apenas nos divisó; el oso es nuestro, si seguimos su pista.

—Pero, señores, ya es de noche, repuso uno de los cazadores.

—¿Y qué importa? contestó Francisco, echando al hombro la escopeta, é internándose en el bosque.

Todos le seguimos, y en la blancura de la nieve pudimos observar algunas manchas rojas.

—Está herido, señores, vayamos con tiento.

Recogióse toda la jauría; púsose Tigre delante, unimonos todos los cazadores con las armas preparadas, y de esta suerte anduvimos cerca de una legua.

La noche había cerrado del todo, pero gracias á la resplandeciente blancura de la nieve y á los silbidos que de vez en cuando se oían, pudimos conservar el orden de marcha que habíamos adoptado.

Francisco me colocó á su lado, asíóme de la mano, y apretándomela con efusión, me dijo:

—No te separes de mí; antes que tocarte un pelo de la ropa me hará el oso cien pedazos.

Yo le abracé, profundamente conmovido por aquella inequívoca muestra de cariño.

Las huellas que el oso había dejado en la nieve y que nos servían de guía, cesaron de repente en una especie de pradera circular rodeada de altas peñas, como un circo por las gradas.

Todos convinieron en que la fiera debía encontrarse muy próxima, en la hendidura de alguno de los peñascos que por todas partes nos cercaban; y despues de algunos debates en voz baja, resolvimos acampar en la nieve, adoptando algunas precauciones.

Encendióse por lo pronto una inmensa fogata con ramas y troncos secos de árboles caídos, y reforzados nuestros estómagos con varios fiambres, nos dispusimos á pasar la noche con las armas en la mano y los perros atraillados de dos en dos.

Algunos cazadores montaron por turno una especie de guardia avanzada.

Muy pronto nos rindió el sueño á pesar del frio penetrante de la noche, templada hasta cierto punto con el calor de la hoguera.

Apenas amaneció el dia inmediato, cuando ya todos estábamos en pié, y comenzaron de nuevo las pesquisas.

Las huellas del oso se veían profundamente marcadas en la nieve y se dirigían hacia el fondo de aquel anfiteatro natural. Divisamos entonces entre la maleza la boca de una cueva, al pié de una altísima peña cortada á pico, y ya nadie dudó de que aquella fuese la guarida de nuestro enemigo.

Rodeamos la montaña de piedra por ver si tenía otra salida, y vimos con placer que no había mas boca que aquella.

Entonces se reunió otro consejo para discutir el medio mas á propósito de hacerlo salir de la caverna, y adoptase por unanimidad el propuesto por Francisco.

Reducíase este á colocarse de antemano los cazadores en las peñas que circuián la pradera; los perreros con la jauría suelta, en la entrada de la misma, y hecho esto reunir fajos de ramas secas y helechos, y aplicar los á la boca de la caverna dándoles fuego.

Una vez adoptado el plan nos dispusimos á ponerlo por obra. Al efecto coronamos las peñas, y mi primo armado con una azagaya y seguido de algunos perreros cargados de leña, se acercaron lentamente á la caverna. Cerráronla herméticamente y aplicaron el fuego retirándose prontamente.

Mi curiosidad estaba escitada hasta el mas alto punto. Todas las miradas estaban fijas en la hoguera

que empezaba á arrojar llamas y columnas de un humo negro y denso.

Francisco se colocó á mi derecha, y Tigre á mi izquierda.

Un cuarto de hora pasó sin novedad, y cuando ya creíamos haber errado el golpe, vimos de repente volar por el aire fajos enteros de leña ardiendo al impulso vigoroso de los brazos de la fiera.

Presentóse esta lanzando rugidos espantosos y dirigiendo iracundas miradas por todas partes.

Cuando el animal se vió encerrado en aquel estrecho recinto, su furor no conoció límites.

Arrojóse sobre los perros, que todos fueron sueltos á la vez y empezó una lucha descomunal y sangrienta.

Eran estos sabuesos de raza, que con sus cuerpos leonados y negros cubrían á la fiera. Esta por su parte desgarraba las entrañas de cuantos caían al alcance de sus formidables uñas; y muy pronto, de aquel monton informe de cuerpos entrelazados que luchaban con indecible furor, empezaron á salir aullidos de dolor y pedazos de carne palpitante.

Trece perros murieron en la lucha y los demás se retiraron á la voz de los perreros.

El oso, rendido de fatiga, mostraba abiertas sus sangrientas fauces y de sus labios cubiertos de espuma pendía inerte su lengua roja como un hierro candente.

El animal estaba sentado é inmóvil.

—Fuego todos á la vez, gritó mi tio, y catorce tiros enviaron el plomo mortífero al cuerpo de la fiera.

El salto que dió al sentirse herido causó admiración á cuantos lo vieron: púsose en pie; miró á todas partes, y con saltos desesperados, con aullidos horribles, con un crujir de dientes que causaba pavor, se dirigió cubierto de lodo y sangre hacia donde nos habíamos colocado Francisco y yo.

Para llegar al sitio donde nos encontrábamos, tenía que trepar un peñasco de unas ocho varas de altura en una de cuyas hendiduras estábamos cómodamente sentados.

Los demás cazadores no se atrevían á disparar sus escopetas temerosos de herirnos á nosotros, ni podían acudir en nuestro auxilio, porque ya no era tiempo.

El oso entretanto trepaba con bastante agilidad y ya sentíamos en nuestros rostros su ardiente hálito.

—Parece que nos prefiere á los demás, me dijo Francisco con mucha calma, acabando de cargar su escopeta.

Al ver su sangre fria me serené algun tanto y le pregunté lo que había de hacer.

—Cuando yo dispare, dale un culatazo en la cabeza, me contestó.

Los cazadores estaban aterrados: mi pobre tio nos animaba con sus voces, al paso que un frio sudor inundaba su frente.

Era llegado el momento crítico.

El oso avanzó una de sus garras para apoyarse en un saliente de la roca.

Francisco se quitó la boina, se santiguó rápidamente, se levantó de su asiento, y apoyando la boca del cañon de la escopeta, en el pecho de la fiera, disparó.

Al mismo tiempo descargué yo el culatazo.

Un grito de alegría resonó en aquel recinto al ver que el formidable oso había caído rodando por la peña, y permanecía inmóvil en la pradera.

Estaba muerto.

Pero es el caso que la culata de mi escopeta, en vez de herir al monstruo en la cabeza, pegó en la peña y saltó hecha pedazos.

—Bien, Pepe; te has portado, me dijo Francisco riéndose y dando un salto de la peña abajo.

Clavó su cuchillo en el cuello de la fiera y torrentes de sangre brotaron de la ancha herida.

Tres horas despues entrábamos triunfantes en el monasterio de Roncesvalles, llevando atravesado en un mulo al oso negro terror de aquellas montañas.

Mucho se burlaron de mí durante la comida que nos tenían preparada los honrados canónigos; pero mi primo salía á mi defensa jurando que había demostrado valor y sangre fria en todas las peripecias de aquella cacería extraordinaria.

Francisco se engañaba en sus aseveraciones; pero yo me guardé muy bien de desmentirlo.

La grasa que se estrajo del oso pesó veinte y siete libras, y su piel ha cubierto por espacio de muchos años el lecho prioral de Roncesvalles.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

## CRONOLOGIA DE LOS REYES GODOS

QUE HAN ESPERIMENTADO UN FIN TRÁGICO.

Se ha hecho proverbial entre los historiadores decir que los bárbaros inundaron la Europa entera á manera de un torrente devastador que todo lo destruye á su paso. Si no se espresan con estas mismas palabras, al menos conservan la estructura del anterior pensamiento, pero hasta cierto punto, semejante idea no es enteramente exacta. La Escandinavia y la Germania, que eran á la sazón los puntos de donde

nacian estos supuestos torrentes, no podían abrigar en su seno ese maravilloso enjambre de bárbaros que

Treinta y dos fueron los monarcas de la raza goda que ciñeron la real diadema de España, y de estos



ORTEGA

Muerte de Ataulfo.

suponen invadió la Europa. Como consecuencia de este principio erróneo, añaden algunos escritores, que precisamente este exceso de población impulsó á los bárbaros á buscar nuevas moradas en los dilatados territorios de Europa; mas siendo el principio falso, la consecuencia no puede ser verdadera; y diremos que un país indómito por naturaleza y poco dispuesto á someterse á una vida agrícola y tranquila, y que se complacía en considerar los vastos desiertos que cercaban sus ciudades, teniendo además que lidiar con la aspereza del clima, quiso mejor abandonar su ingrato suelo, y grangearse con las armas los medios de subsistencia: esta vida violenta, agitada y aventurera era preferible á la honrosa y constante fatiga de cultivar un terreno poco agradecido á los esfuerzos del hombre.

La condición harto feroz de estas gentes, la manera brutal y sanguinaria con que señalaban el país que conquistaban, infundió un grande terror en los moradores de Europa, los cuales refirieron estos hechos, exagerando el número de los invasores, y los cronistas escribieron bajo estas impresiones.

La España, siempre rica y feraz, fué también objeto de la codiciosa mirada de aquellos pueblos siem-

de sus secuaces, los cuales urdieron una trama contra su vida. Esta tuvo su efecto, pues Ataulfo murió atravesado de una saeta que le disparó un enano en el patio del palacio, en ocasión de hallarse Ataulfo viendo manobrar su caballería.

A este infortunado monarca siguió Sigerico, quien solemnizó su advenimiento al trono con la crueldad mas inusitada: dispuso que degollaran á los seis hijos que dejó Ataulfo, y la infeliz viuda precedió descalza y encadenada á la solemne marcha triunfal de la proclamación del nuevo soberano, pero bien por el odio que se atrajo con esta conducta, bien por otras razones que no alcanzamos, Sigerico fué víctima de otra conspiración.

Seguió á este Walia, que murió de enfermedad, y le sucedió

Teodoro, monarca de feliz recordación. Se confederó con los romanos para destruir á Atila, pero en medio de la refriega cayó del caballo y murió atropellado.

Las tropas entonces aclamaron por rey á su hijo Turismundo, quien siguiendo el noble ejemplo de su padre reunió sus tropas y peleó contra Atila, logrando que las formidables huestes de este terrible caudillo se alejasen á su país. Los hermanos de Turismundo, deseosos de ocupar el trono, sobornaron á uno de sus criados para que lo asesinara. el cual buscó maña de penetrar en la estancia del rey, en ocasión de hallarse este en-



Muerte de Alarico.

pre ansiosos de botín y carnicería, y penetraron en ella los suevos, los alanos y los vándalos ó silingos; pero otro pueblo, mas formidable él solo que todos los demás juntos, vino á trastornar la dominación de los primeros conquistadores; los godos, capitaneados por Ataulfo, atravesaron los Pirineos y entraron triunfantes en Barcelona, cuyo punto escogió este monarca para establecer su residencia.

Sería dilatar demasiado las dimensiones del presente artículo si nos propusiéramos analizar detenidamente el inmenso período que abraza la dominación goda en España, y con tanta mas razón queremos ser breves, cuanto que nuestro principal objeto solo ha sido dar cuenta, aun cuando someramente, de los soberanos de la estirpe goda que han terminado su carrera de un modo trágico, cuyos sucesos si nada nuevo dicen, al menos nos inducen á formar un juicio comparativo respecto á aquellos tiempos de barbarie con los nada felices que alcanzamos, si bien hoy en igualdad de circunstancias no vemos cuadros tan repetidos y sangrientos.

fermo, y en el acto consumó el criminal proyecto, dejando á Turismundo en su lecho, y envuelto en su propia sangre.

Teodorico ocupó el sólio, llevando consigo la mancha del fratricidio, y esta circunstancia y la de haber abrazado la secta de Arrio, oscurecieron sus virtudes. Asesinóle su hermano Eurico, ansioso pretendiente de la corona, y aunque la poseyó no experimentó el trágico fin de su víctima.

Vino en pos Alarico, también arriano. Clodoveo, rey de los francos, le declaró la guerra, y ambos monarcas vinieron á las manos en las inmediaciones de Poitiers; la lucha fué duradera y sangrienta; mas los godos llevaron lo peor en la reñida contienda, y Alarico fué muer-

to en campal batalla, á manos del mismo Clodoveo.

Respecto á Genselaico no andan conformes los pareceres históricos; unos afirman que murió asesinado, y otros que de enfermedad, pero hay sospechas evidentes de que fué víctima de los puñales.

Amalarico empuñó el cetro cuando apenas contaba cinco años de edad; declarado rey sin tutoría contra matrimonio con la hija de Clodoveo; esta era católica, su esposo arriano, lo que produjo repetidas disensiones domésticas á punto de verse la reina, no solo injuriada, sino maltratada por su marido. Los hermanos de la infortunada atravesaron los Pirineos con objeto de vengar tamaños ultrajes, y cerca de Barcelona derrotaron á Amalarico, y este queriendo guarecerse en lo sagrado de un templo católico fué alcanzado en la puerta por un soldado francés, que le dejó muerto en el instante, á consecuencia de un lanzazo que le atravesó el pecho.

Teudis, que se había acreditado de prudente y sabio durante la minoría de Amalarico, fué elegido por rey, y no desmintió con sus hechos posteriores los fundados juicios de sus vasallos al elevarle á esta dignidad. Espulsó á los francos que se habían introducido en España, y se ocupaba en el mejoramiento de su pacífica nación, cuando un malvado que se fingió de mente penetró en el régio aposento y le clavó un pu-



Muerte de Turismundo.

ñal. A los gritos del monarca acudió la servidumbre armada, y se disponía á castigar al asesino; pero el moribundo mandó que no le matasen, puesto que se encontraba digno de este castigo.

Teudiselo, célebre capitán en tiempo de Teudis, fué el sucesor escogido por la muchedumbre goda. Ambicioso, cruel, dominado por una lujuria desenfrenada, se entregó de lleno en los brazos de la mas desordenada disipación. Algunos nobles, cuyas mugeres habían sido arrebatadas del tálamo conyugal para satisfacer el loco desenfreno de esta fiera coronada, maquinaron un horrible plan contra su vida, y terminó su odioso camino asesinado en un convite que se preparó en Sevilla con este objeto.

Agila, noble goda, honrado, enteramente ageno á los acontecimientos de España, fué arrancado del hogar doméstico, y cual otro Wamba ciñó la corona



Muerte de Teudis.

con visible repugnancia. Desde luego dió pruebas evidentes de su ineptitud para llevar una carga tan pesada. Atanagildo, valeroso capitán de su época, in-

dignado con las frecuentes derrotas que su rey experimentaba, insurreccionó á la mayor parte del ejército, derrotó á las tropas reales, siguió al fugitivo monarca, le hizo prisionero, le condujo á Mérida, y después de haberle despojado de sus insignias reales con befa y escarnio, mandó que le quitasen la vida, lo que al punto, como es de suponer, tuvo cumplido efecto. Atanagildo y Liuva I, murieron de enfermedad.

Leovigildo asoció á su corona á su hijo Hermenegildo; el primero profesaba tenazmente la secta arriana, y el segundo se entregó con fé á los preceptos saludables del catolicismo; estas opuestas creencias envenenaron los ánimos de ambas personas reales, y la consecuencia inmediata fué la guerra; largo tiempo estuvieron luchando las dos coronas, pero la de Hermenegildo cayó á tierra, y Leovigildo, aunque ciñó el laurel de la victoria campal, no logró ceñir la del triunfo que se prometía desviando á su hijo de la religion que habia aceptado. La obstinacion paternal llegó al extremo; Hermenegildo fué encerrado en una torre y condenado á los mas atroces tormentos, pero mientras mas padecia mas se fortalecia su ánimo para resistir á mayores pruebas; por último dispuso su padre que le dieran muerte, y su mandato fué ejecutado. Leovigildo terminó su vida lleno de espantosos remordimientos, y Hermenegildo fué declarado santo

marca se debe la fundacion de Evora, á la cual fortificó con excelentes murallas; además construyó una armada para adiestrar á sus gentes en la náutica, pensamiento con el cual se honraria cualquiera de nuestros modernos magnates. Pero el desmedido celo que profesó hacia la religion católica le obligó á incurrir en ciertos hechos que oscurecen un tanto su memoria; mandó bajo pena de muerte que se bautizasen todos los judíos residentes en sus dominios, resultando de esto una infinidad de conversiones falsas y una emigracion casi completa. Varios historiadores atribuyen á envenenamiento la muerte de este soberano. Recaredo II, Suintila, Sisenando, Chintila, Tulga, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba, Ervigio, y Egica, fueron ocupando sucesivamente el trono de la España goda, pero ninguno de ellos murió asesinado.

Witiza fué excelente rey en vida de su

padre, y siguió mereciendo la estimacion del pueblo cuando comenzó á mandar como soberano esclusivo é independiente de los dominios españoles, pero habiendo concebido una loca pasión hacia las mugeres, degeneraron sus costumbres. Espidió un decreto autorizando á todos sus vasallos á tener todas cuantas mugeres pudiesen mantener, y poco después incluyó á los eclesiásticos en este mismo decreto. Mató á Favila, duque de Cantabria, de un bastonazo, y mandó sacar los ojos á Teodofredo, creyendo ver en estos personajes los que debían asesinarle para usurparle el trono. Hay escritores que creen á Witiza víc-

la defensa? Tal era el estado de la península en aquella época.



Muerte de San Hermenegildo.



Muerte de Leovigildo.

mártir. Recaredo I, sucesor de Leovigildo, no experimentó ningún fin trágico.

Pero Liuva II, príncipe de mejor suerte, después de un reinado borrascoso fué víctima de una conspiración, y murió asesinado por mano de Witerico que desde el reinado de Recaredo aspiraba á la corona.

Sin embargo, Witerico, aunque logró su intento, gozó poquísimo tiempo del fruto de su crimen, fué tirano; á la tiranía añadió la impiedad, lo cual junto con el mal éxito que acompañaba á sus empresas, originaron el odio de sus vasallos; en su consecuencia fué asesinado en un convite, su cadáver arrastrado ignominiosamente por las calles y sepultado en un lugar inmundo. Gundemaro, á quien aclamó el pueblo para ocupar el trono vacante, frustró las buenas esperanzas de sus vasallos con su temprana muerte.

Siseluto fué generoso y humano; decidido pro-

tima de un asesinato, y otros suponen que murió de enfermedad natural, el año de 710.

Rodrigo, sucesor de Witiza, y último rey de los godos, tuvo iguales costumbres que su antecesor: entregado á toda clase de vicios, parecía insensible á los riesgos que le cercaban, y la gloria que habían adquirido los godos por espacio de trescientos años quedó sepultada para siempre por la horrenda traición de los hijos de Witiza, los cuales resentidos de verse privados del trono, al que creían tener derecho, y exasperados por el destierro que sufrían de órden del rey, sin hallar apoyo en la nobleza

goda, llamaron en su favor á los sarracenos, que deseaban hacia ya mucho tiempo subyugar la península por los celos que le causaba.

Aprovechóse de esta ocasion Muza, que gobernaba el Africa en nombre de Walid, califa de Damasco, y enviando con un poderoso ejército á Tarif y Abuzara, caudillos valerosos, atravesaron el estrecho de Gibraltar, saquearon los pueblos de la Bética y Lusitania, apoderándose de todas las plazas, y últimamente derrotaron el bisono ejército que quiso hacerles frente.

¿Y quién habia de oponérseles, estando los fuertes desmantelados, casi sin gente, y esta desprovista de armas y de cuantos recursos eran necesarios para

En vano á vista del peligro, reunió Rodrigo en 714 otro numeroso ejército, salió al encuentro del enemigo y avistándole en los campos de Jerez de la Frontera le presentó batalla, en la que por espacio de ocho dias se hicieron prodigios de valor; pues la vil traición que cometieron los hijos de Witiza, pasándose á los enemigos con las tropas que mandaban, decidió la suerte de las armas: les estaban encomendados los flancos del ejército; mas posponiendo el bien de la patria á sus intereses, sacrificaron impunemente á aquella entregándola al yugo sarraceno. Debilitado de esta manera el ejército goda se entregó el resto á la fuga, único recurso que le quedaba para salvarse, y el infeliz Rodrigo segun la opinion mas verosímil, murió ahogado en el Guadalete, pues á sus orillas se hallaron las insignias reales, confirmando este suceso el siguiente epitafio que se lee en Visco, de Portugal, sobre un sepulcro: AQUÍ YACE RODRIGO, ÚLTIMO REY DE LOS GODOS.

Después de la derrota del ejército goda, nadie pudo oponerse á los sarracenos, y aprovechándose Muza de estas circunstancias pasó á España á realizar sus proyectos de conquista. Dividió á este fin sus tropas en tres partes: la primera á las órdenes de su hijo Ab-



Muerte de Liuva.



Muerte de Favila.

tor de las ciencias, sin que por esto careciese de las singulares dotes que deben caracterizar á un buen campeón. Es opinion ya casi admitida que á este mo-

te. ¿Y quién habia de oponérseles, estando los fuertes desmantelados, casi sin gente, y esta desprovista de armas y de cuantos recursos eran necesarios para

dalasis, se dirigió contra las costas del Mediterráneo; la segunda contra las del Océano; y con la tercera comandada por Tarif, marchó al interior del reino. Cinco años fueron bastantes para subyugar á toda España, á escepcion de algunos parages fragosos é incultos de las Asturias, Cantabria y Vasconia; pues las plazas que no se rendían espontáneamente, eran tomadas á la fuerza, y los habitantes, obligados á someterse perezosamente bajo la cortante espada del vencedor cuanto se oponían. Consternados los pueblos abandonaron sus hogares, y los pocos que lograron salvarse de la esclavitud ó de la muerte, hubieron de retirarse á los parages mas inaccesibles de los montes.

Apenas concluyó Muza la conquista regresó á Damasco, encomendando el gobierno á su hijo Abdalasis príncipe adornado en orden todo lo conquistado; arregló con justa proporcion los tributos, reparó los muros y las fortalezas destruidas dejando en ellas competentes guarniciones; estableció varias leyes de po-

licia y buen gobierno y puso su corte en Sevilla. Además con su amable carácter se granjeó la voluntad de todos los habitantes; pero la pasión que manifestó tener por Egilona, viuda de Rodrigo, interpretada por los suyos como sospechosa, suponiendo que pretendía alzarse con el dominio del reino, le atrajo el odio de su primo Hayub, el cual le hizo asesinar en los momentos en que se encontraba orando en la mezquita. Este hombre feroz le sucedió en el gobierno, y llevando sus armas a la Galia gótica se apoderó de ella, acabando con la antigua monarquía de los visogodos que quedó reducida a algunas porciones ásperas y montuosas del país más delicioso de Europa.

I. A. B.

## SEMANA LITERARIA.

### DOS DUELOS A DIEZ Y OCHO AÑOS DE DISTANCIA.

#### LEYENDA

POR D. JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

(Continuación)

#### PARTE SEGUNDA.

#### CAPÍTULO VI.

De todos los afectos generosos del corazón que ennoblecen la humanidad hastahacerla semejante al Hacedor supremo, ninguno es más fecundo en altas virtudes; ninguno levanta más el ánimo a los grandes sacrificios; ninguno, en fin, es más generador de sublimes rasgos, que la gratitud. Bálsamo divino que brota sin esfuerzo del alma; puro é inagotable raudal de castos é inocentes goces; sabrosísima fuente de aquellas delicias inefables que emanan del contentamiento de sí mismo. Y empero, este sentimiento tan santo, tan fácil, tan natural, es también por una contradicción inexplicable de nuestra mezquina naturaleza, el más raro en la humana sociedad. ¿Qué fruto coge de ordinario aquel que siembra beneficios en torno suyo? Ingratitud solamente, amarga ingratitud. Elige uno entre los compañeros de su infancia, entre aquellos que mas ama, un amigo, que casi siempre es aquel á quien mas beneficios ha hecho, á quien ha podido dar mas pruebas de acendrado cariño. Y cuando mas seguro cree estar de su amistad, halla que lo vende, que no solo es su enemigo, sino el mas peligroso de todos, porque es aquel de quien menos desconfía. Ama uno á una muger que poco á poco se ha ido enseñoreando de su corazón hasta ocuparlo todo, desenterrando de él con mas ó menos esfuerzo todos los otros afectos; acaso hasta el mas santo, inocente y sublime de los que hacen latir el corazón del hombre, el amor filial. ¿Y qué encuentra al fin por premio de su infinita ternura? Ingratitud, solamente helada y odiosa ingratitud! Sin embargo, no lo comprendemos así en los dorados años de nuestra adolescencia: no queremos comprenderlo, atravesado ya el umbral de la juventud; lo resistimos, luchando acaso con nuestra propia convicción, durante los primeros pasos que damos por la senda de la edad viril; pero conforme vamos adelantándonos por ella, pierde el horizonte de la vida sus sonrosadas tintas; los blandos y delicados contornos de las perspectivas pierden gradualmente su plácida y suave redondez; la dureza angulosa de los transformados cuadros lastima nuestros ojos; y en vez de vagar por verdes y sombrías alamedas, floridos prados y aromáticos vergeles, á la luz de la luna, ó á la blanda claridad del crepúsculo matutino, el alma atribulada camina al través de arenosos desiertos y áridos pedregales, á los candentes rayos de un sol abrasador, ó entre las profundas tinieblas de una noche temerosa. Tal es el cambio que experimentamos al pasar desde la senda que cruza por las afortunadas regiones de nuestros primeros años, al triste paso de la virilidad; tal la diferencia que hay del sueño á la realidad; de la generosidad juvenil al provecho egoísta.

Pero estas tristes reflexiones, por verdaderas que sean, no habian ocurrido ni una sola vez á Arturo. ¿Ni cómo era posible, con sus veinte años, con sus ilusiones de artista, y con las dichas inefables del primer amor correspondido? Nuestro héroe debía verlo todo al través de su propio corazón: por consiguiente, no veía en torno suyo sino goces y virtudes; á todos los creía felices; á todos los juzgaba dignos de su felicidad.

Desde su llegada á Roma, habia trabado íntima amistad con el joven caballero S..., hijo segundo de una de las mas nobles familias de Italia, amistad que nació de un incidente novelesco que tendríamos escrupulo en ocultar á nuestros lectores. Una noche (estaba aun muy recién llegado), se paseaba Arturo por las ruinas de la antigua Roma no lejos del famoso Colosseo; la luna, que hasta entonces lo habia acompañado en su paseo solitario, acababa de ocultarse debajo de un grupo de negras nubes; y el joven, presagando la tempestad, tomaba ya la vuelta de su posada con paso presuroso, cuando al llegar al pie de la escalera que hay detrás del Capitolio, vió salir de una de las callejuelas inmediatas un hombre que con un

baston se defendía de tres ó cuatro, que armados de puñales le atacaban encarnizadamente. Verlo, desentinar su estoque, y tomar parte en el desigual combate, fué obra de un instante para el joven artista. El apurado caballero, viéndose tan inesperada y eficazmente socorrido, atacó á su vez á sus perseguidores, y despues de una corta lucha en que dió tres ó cuatro estocadas el joven y recibió una pequeña herida en un muslo, huyeron los acometedores dejando dueños del campo á sus contrarios.

El desconocido no era otro que el *cavaliere* S.... el cual habia sido sorprendido por un marido celoso en una conversacion demasiado tierna con su cara mitad, y aunque el caballero era persona muy conocida en Roma, y el poder de su familia grande, el *transiverino* habia creído la deuda demasiado urgente, y quiso cobrarla al momento. Hacia tiempo que espiaba al amante, por lo cual, no lejos de allí tenia apostados tres amigos para que le diesen favor en caso necesario. Así que, cuando el caballero regresaba triunfante hacia la *piazza Navonna*, en donde vivía, creyéndose ya libre del agraviado marido, se vió atacado del modo que antes dijimos, y hubiera sucumbido de seguro sin el oportuno socorro de nuestro pintor.

En fuga ya los contrarios, y vendada lo mejor que se pudo la herida de Arturo, fué acompañándolo el caballero S.... hasta su habitacion, dejándole, antes de separarse de él, su nombre y las señas de su habitacion, y prometiéndole que volvería á verlo al día siguiente. Cumplió su promesa, y como á pesar de la ligereza de su carácter y de su relajada conducta, no carecia el caballero S... de talento, no tardó en establecerse entre él y su libertador una amistad estrecha.

Era casi imposible ocultar en la frecuente comunicacion de un íntimo trato, y mucho mas á ojos tan experimentados como los del caballero, las inquietudes, las dudas y esperanzas del amor primero. A despecho, pues, de la natural reserva de su carácter y de la esquisita delicadeza de su alma, no pasó mucho tiempo sin que Arturo confiase á su amigo su amor, haciéndole, como era natural, tan exagerada pintura de las prendas que adornaban á su adorada, que escitó en él una vehemente curiosidad de verla y de tratarla.

Rogó al joven en consecuencia que le anunciase en casa de Aguilar, y como el nombre de su familia era tan conocido, no tuvo este el menor inconveniente en que se lo presentase. Muy distante estaba entonces el generoso joven de imaginar que él mismo se preparaba para mas adelante los mas crueles sinsabores.

#### CAPÍTULO VII.

Presentado ya el caballero en casa de Aguilar, y recibido por este y su familia con la distincion que su nombre no podia menos de atraerle, llegó en breve á ser tan asiduo en la casa de la *Via della Croce* como el mismo Arturo; pero no es exacto esto que acabamos de decir, porque Arturo comenzó á frecuentar menos la casa, muy poco despues de haber presentado al caballero. El motivo de esta mudanza no se ocultará de ninguna manera á la perspicacia de nuestros lectores, pero en nuestra calidad de historiadores fieles, tenemos que decirlo, aunque no sea sino muy someramente, y así como de pasada.

Arturo, como todos los verdaderos amantes, sea cual fuere su edad y su talento, era celoso en demasia. Ahora bien, los exagerados elogios que S.... tributaba á María, sus continuos obsequios y la asiduidad con que frecuentaba aquella casa, despertaron muy luego en el joven la sospecha; y no pasó mucho tiempo sin que se convenciese de que el amigo lo vendía, y lo que era aun mas cruel para su corazón, que María escuchaba sus galanterías.

Debemos apesurarnos á decir en disculpa de ella, que en este agravio, que sin voluntad, por decirlo así, hacia á su ardoroso amante, no tomaba parte alguna su razon. Era, segun hemos dicho algunos capítulos atras, viva hasta rayar en coqueta; y con semejante carácter, nada era mas natural que el que los obsequios de un hombre de la clase, edad y posicion del caballero S.... halagasen su vanidad femenil. Habia aun otra circunstancia. María Contarini, al ver la solitud del patrio para con su hija, habia concebido la esperanza de ver realizado un enlace entre ellos, y no cesaba de alabarle delante de la niña; llegando con esa imprudente ligereza, tan comun en las mugeres, hasta facilitar al caballero ocasiones en que pudiese hablarla con mas libertad. La nota de libertino que pesaba sobre aquel personaje, no le perjudicaba gran cosa en la opinion de María Contarini; la cual suponía que su estragada conducta era hija de la ligereza de la juventud y que cambiaria absolutamente con el matrimonio; contribuyendo no poco á esta tolerancia, la elevada clase á que pertenecía el caballero y su inmensa fortuna; que hasta en las almas mas elevadas suelen, en todas situaciones, ejercer su influjo ciertas ideas que nos parecerian mezquinas y aun criminales, consideradas á la luz de la razon y con esa libertad de juicio, que solo no es dado tener cuando las cosas que examinamos nos son indiferentes. En cuanto á Aguilar y d'Estrees, como sucede frecuentemente, nada habian notado de todo esto; y el señor Contarini, que como mas observador estaba al corriente de todo, lejos de ser contrario, era auxiliar de los proyectos de su hija, con la diferencia de que esta obraba mal; estraviada por la ternura maternal, y él llevado siempre por su interés y vanidad; contribuyendo no poco á su con-

ducta la sospecha que abrigaba de que su nieta no miraba con indiferentes ojos al joven artista.

Tiempo es ya de que el lector conozca un poco mas á nuestro héroe Arturo, pues este era el único nombre que el joven usaba, y el único que conocia. Era alemán y natural de Viena. Desde sus primeros años habia recibido una esmerada educacion, que se avenia mal con la pobreza de su madre, la cual se hacia llamar simplemente Magdalena. Atravesado ya el umbral de la adolescencia, su madre le propuso que siguiera la carrera del foro; pero su inclinacion á la pintura y á las bellas letras, fortificada por los aplausos que habian obtenido sus primeros ensayos, presentaba obstáculos insuperables á aquel proyecto; y convencida Magdalena de la inutilidad de sus esfuerzos, hubo al fin de consentir en que el joven pasase á Roma, en donde podia cultivar en mas grande escala sus estudios favoritos.

Equipólo modestamente para su viaje, llevando el viajero en su camino mas lágrimas y bendiciones que escudos. Llegado á Roma, se estableció en la bohardilla que ya sabemos, y aunque muy poco despues de su llegada comenzó á recibir de cuando en cuando algunas cartas de un protector desconocido, siempre acompañadas de letras de cambio, cuyo importe le facilitaba el vivir con mas desahogo, no por eso dejó su bohardilla, y se limitó á amueblarla con mas decencia y á comprar algunos cuadros y libros, aumentando al mismo tiempo el precio de su hospedage, con ánimo de ayudar á la huésped. Era esta una honrada viuda que habia conocido mas felices tiempos, y despues de sufrir infinitas vicisitudes de fortuna se habia visto reducida á vivir de aquel modo. La señora Giovanna, que así se llamaba, tenia muy buen corazón y se aficionaba con mucha facilidad á sus huéspedes, que por lo regular eran gentes de poco pró, como suele decirse. Así que, poco tiempo despues de estar Arturo en su casa, lo amaba como á un hijo; con tanta mas razon, cuanto que el tono y modales del joven alemán, contrastaban singularmente con los de los que hasta entonces habian habitado en su casa.

En los primeros tiempos de la correspondencia con el protector desconocido habia escrito Arturo á su madre participándole y suplicándole que indagase quien era ó se lo revelase, si acaso lo sabia; pero Magdalena le habia siempre contestado que ignoraba absolutamente quien fuese y que todas sus pesquisas habian sido infructuosas. Aquel hombre, pues tal lo parecia en el estilo y en sus severos consejos, se firmaba simplemente Carlos; y sus cartas llegaban fechadas, unas de Viena y otras de Trieste ó Venecia. El joven le escribía á menudo segun él se lo habia ordenado; pero por mas que le suplicó varias veces que le revelase que relaciones le unian á él; por mas que se dirigió á las casas de comercio que giraban las letras, jamás logró penetrar aquel misterio.—El desconocido le contestaba que aun no era llegado el tiempo de que supiese aquel secreto; y los comerciantes le habian dicho varias veces que ellos no sabian una palabra acerca del señor Carlos.

Otro secreto atormentaba mas, si cabe aun, al pobre joven. Nunca habia sabido el nombre de su padre, y una sola vez que se atrevió á preguntar á Magdalena sobre el secreto que tanto le atormentaba, le habia pedido tan encarecidamente que no insistiera en sus preguntas, que jamás habia vuelto á tocar aquel asunto. Cuando apareció por primera vez en su vida aquella desconocida providencia que se hacia llamar Carlos, sospechó el joven que podia ser su padre, y aun se aventuró á indicárselo á Magdalena; pero esta le contestó que su padre habia muerto, tan positivamente, que á pesar de lo natural que parecia aquella conjetura, hubo de desterrarla de su entendimiento.

Esta completa ignorancia en que se hallaba el joven acerca de su posicion real en el mundo, y las dudas que le saltaban á menudo sobre la legitimidad de su nacimiento, lo hacian muy desgraciado; y aunque en los primeros tiempos de sus amores con María Aguilar, aquella pasion habia absorbido todo su ser; á la aparicion del caballero S.... cuya brillante posicion le daba tantas ventajas sobre él, la idea de su oscuridad resucitó con mas fuerza en su cabeza.

En varias conversaciones anteriores á aquel acontecimiento, habia Arturo confiado á María su verdadera posicion, y aun con la violencia que es de suponer, le habia suplicado que lo olvidase; proponiéndole que él se marcharia para siempre de Roma, pues permaneciendo á su vista, no solo no podia dejar de amarla, que esto era imposible, á cualquiera distancia en que se hallase, sino que podria dejar de decirse y de exigirle una justa correspondencia; pero María tan tierna como su madre y de tan generosos y elevados sentimientos como Aguilar, le habia contestado siempre que ella no necesitaba sino todo su amor para ser feliz, y que el día que la abandonase se mataria. En semejante alternativa ¿qué podia hacer un hombre tan joven y enamorado como Arturo? Quedarse y amar cada día mas á aquella muger. Y ambas cosas sucedieron.

#### CAPÍTULO VIII.

Estamos en el invierno de 1847. María Contarini, que durante la infancia de su hija habia vivido bastante aislada, se ha lanzado de nuevo al gran mundo, para que la querida niña disfrute de los ruidosos placeres de la sociedad; para que admire y sea admirada; que acaso entraba por no poco en aquella mudanza de vida la vanidad materna, única especie de esta

multiforme defecto de nuestra raza humana, que no suele ser ridículo ni estúpido, y que cuando menos es de seguro disculpable.

Aquella vida de tumulto y agitacion habia separado un poco á nuestros dos amantes. Arturo, á pesar de estar muy bien relacionado en Roma, no podia seguir á María á todas partes; y cuando al día siguiente de un baile al cual no habia él asistido, oia decir á María que se habia divertido mucho, aquellas palabras eran un agudo puñal que atravesaba su corazon.

—¿Cómo? se decía á sí mismo. Si puede divertirse donde yo no estoy, es claro que no me ama. ¡Oh! ¡si! no me ama!

Y martirizado con este pensamiento, evitaba su encuentro, y cuando la pobre niña lo buscaba la recibia no pocas veces con durísimas palabras.

Tal es nuestro humano corazon, que hasta los sentimientos mas nobles y elevados llevan consigo alguna parte que revela la imperfeccion de nuestra especie. ¿No es un egoismo absurdo y hasta cruel, el que nos pese de la felicidad de los que amamos, si al gozarla no estábamos con ellos? Tal es, sin embargo, la ley de nuestra naturaleza.

Por aquel tiempo, en noviembre de 1847, llegó á Roma el conde de O.... jefe de la legacion austriaca cerca de la Santa Sede. Este caballero trajo á Arturo cartas de su protector desconocido, y colmó al jóven de obsequios y atenciones. La llegada de semejante personaje fué un verdadero acontecimiento en la vida del jóven artista, pues por su médio pudo ser introducido en varias casas de la mas refinada aristocracia romana y estrangera, facilitándosele con esto el poder seguir á María á todas partes.

Hemos dicho ya que la jóven acogia con cierto favor los obsequios del caballero S..., lo cual habia producido frecuentes altercados entre los amantes, aunque por lo regular solia acabar la disputa en completa reconciliacion; pero bien pronto tomaron un carácter mas serio.

Cierta noche asistían todos á una reunion en casa de la amable princesa de C.... Hacia algunos momentos que Arturo habia dejado á María, la cual, en compañía de otras varias señoritas, se ocupaba en hojear el album de la princesa en una de las piezas de descanso. Desembarazado el jóven de un inglés preguntó que lo habia tenido agradablemente ocupado, volvió á entrar en el gabinete. En aquel momento estaban muy divertidos con mil graciosos cuentos que les contaba á media voz el caballero S..., el cual, muy expresivo, como lo son generalmente sus compatriotas, acompañando el gesto con la palabra, cogió á María por un brazo con esa familiaridad tan comun en nuestros países meridionales.

Arturo, que desde donde estaba no podia oír la conversacion, no vió sino el ademan; y exasperado al ver que María no habia opuesto ninguna resistencia, se acercó á ella diciéndole al oído con insultante tono:

—¿Os dejais manosear por los hombres? ¡Os desprecio!

Palideció el jóven, pero no contestó ni una palabra, y cogiendo el brazo de la señorita mas cercana se dirigió al salon principal, siguiéndola á poco las demas con el caballero.

Quedóse Arturo pensativo mientras aquellas se retiraban, y no pasaron cinco minutos sin que se arrepintiese de su conducta. Salió por tanto en busca de María, á la cual pudo acercarse por fortuna; pero la jóven lo recibió con tan señalado desprecio, que apenas pudo tartamudear algunas excusas.

—No os canséis, señor Arturo, le dijo recalcando sus palabras. Me habeis insultado, y desde este momento quedan rotas nuestras relaciones. ¡Un solo sentimiento me queda, y es el pesar de haber correspondido á un hombre como vos!

Por mucho que Arturo temiese la cólera de su amada, nunca pudo imaginar que llegase á tal extremo; así que, con la muerte en el corazon, le dijo en ese acento de verdad irresistible que no deja lugar á la duda:

—María, mil veces os he dicho que vuestro amor era el último bien que me unia á la vida. Los misterios que rodearon mi infancia, el oscuro porvenir de mi vida me desanimaban, y acaso iba ya á sucumbir, cuando aparecisteis vos en mi horizonte como un rayo de esperanza. Por vos vivo desde entonces, porque antes no vivia; porque vos sois, no solo mi amor y mi felicidad, sino mi genio y mi vida!...

—¡Bah! ¡Bah!... ¡si sois poeta! andad.... lo mismo le direis á todas....

—María, apiadaos de mí, ¡perdonadme!...

—Os he dicho que hemos concluido, señor Arturo, le contestó con una frialdad glacial; y dirigiéndose al caballero S.... que á la sazón pasaba cerca de ella, añadió en tono de la mayor alegría: ¡Venid, caballero! ¿No queréis valsar conmigo? Y en seguida tomó el brazo que el patricio le ofreciera, y se alejó con él lanzando al jóven una mirada de desprecio indecible.

Y era que en el corazon de aquella niña, bueno y amante en el fondo, se habia desarrollado, acaso por la educacion, acaso por una de esas contradicciones inexplicables de la naturaleza, un sentimiento de vanidad tan exagerado que ya era un verdadero vicio. Habíase acostumbrado á que el jóven cediese y se humillase siempre en sus altercados, por lo cual le pareció el mayor de los crímenes aquel arrebatado celoso del gabinete.

Quedó Arturo como herido por un rayo, al ver

alejarse á la jóven asida del brazo del caballero. Aquella alegría, aquella invitacion para el vals, le parecia que revelaban tanta maldad de corazon en la que hasta entonces habia considerado como la mas perfecta de las criaturas, que sintió su sangre toda afluir al corazon, y creyó que iba á morir.

Para que no juzgue el lector exagerada la pintura que de aquel padecer hacemos, bueno será que sepa que Arturo habia obtenido de María la promesa de que jamás valsaria con el caballero; y ocurriríase aquella idea precisamente en el momento en que habia de ser mas doloroso para el jóven, era realmente un movimiento que debia aparecer como propio de un corazon perverso.

Repuesto algun tanto el desgraciado de aquel violentísimo sacudimiento, se apresuró á salir de aquella casa, pues el espectáculo de la alegría de los demas le era insupportable. Salió, pues, sin despedirse de nadie, y pudo á duras penas llegar hasta su modesta habitacion.

## CAPITULO IX.

Paseóse durante largo espacio, comprimiendo con ambas manos sus abrasadas sienes, cuyas arterias parecían próximas á romperse. Despues, algo mas tranquilo, y decidido á acabar de una vez con aquel tormento insupportable, escribió:

«Arturo á María.

«Tal vez no leas nunca esta carta que va á ser depositaria de las supremas amarguras que llenan y desgarran mi corazon. Tal vez nunca recorran tus ojos estas páginas, cada palabra de las cuales es una envenenada saeta que traspasa mi alma! ¡Pero quiero escribir, porque acaso hará el cielo que la leas: quiero escribir, porque no es justo que muera sin quejarme; no es justo que tú, en la embriaguez de tu proceder ingrato, olvides que entre nosotros fuiste la que recibí; que fuiste la amada, la idolatrada, la que tan mal pagó el mas inmenso y acendrado cariño que jamás existió sobre la tierra!

«¿Qué amor era ese tuyo que jamás conoció el valor del sufrimiento ni la abnegacion del sacrificio?—Veias que era desgraciado con tu conqúeteria; porque eres coqueta, muy coqueta: veias que mi posicion me vedaba hasta quejarme, y tu alma no tuvo jamás la delicadeza de escusarme una amargura. ¡Oh! mal haya un amor como el tuyo!—¡Oh muger sin fé ni corazon! ¿Cómo no has llegado á comprender mis tormentos, viéndome tan desgraciado? ¿Cómo has podido sostener por tanto espacio esa mentira á que llamabas amor?... ¡Ay de mí! ¿Cómo habias de comprender la sublimidad del amor, tú que no tienes mas que amor propio?

«Necio de mí que creyéndote la muger de mi eleccion, la muger sublime que ama solo una vez, pero esta vez con la vehemencia é intensidad de Dios, te di mi alma toda.—¡Yo que, acostumbrao desde la cuna á las injusticias del mundo, odiaba al género humano; y por tí lo amé, porque te amé á tí, no con un sentimiento variable y pasagero, sino como se ama cuando el amor es la vida, la felicidad, la eternidad del alma!—¿Cómo podré yo vivir ni ser nada de aquí en adelante, yo infeliz, que viviré una vida de tinieblas y amargura? ¡Oh dios mio, Dios mio! ¡Envíame la muerte y la veré como el mayor de los bienes!

«¡Adios, oh tú, cuyo nombre no oso pronunciar, adios! ¡Plegue al cielo hacerte tan feliz, que nunca te cause el menor remordimiento mi espantosa desgracia! Pero ¿qué digo? Tú tambien serás desgraciada; por qué, ¿quién te amará con la ternura que yo? Anda, que tal vez me llores toda la vida. Mi amor acabará con la mia; pero estas son las últimas letras que verás del desgraciado Arturo.»

A la mañana siguiente fué, como de costumbre, á casa de Aguilar, resuelto á entregar su carta á María y separarse de ella para siempre; pero al verla se dispuso todo su justo enojo, y trémulo se acercó á ella pidiéndole perdon por sus palabras de la noche anterior. No sabia el jóven lo implacable que es la vanidad ofendida. Lejos de admitir sus excusas, las rechazó con mas aspereza y desprecio, si cabe que en el baile, y volviendo al jóven la espalda, se dirigió á otra habitacion. Volvió este á su casa con la muerte en el alma, y resuelto aquella vez á romper para siempre con la veleidosa jóven, añadió estas líneas á la carta anterior:

«Ya lo has visto. Te he pedido perdon siendo el ofendido; me he humillado y no has querido escucharme. Bien está. Era mi última prueba. ¡Rompamos, puesto que así lo quieres; rompamos; que ni siquiera llevo conmigo el sentimiento de que te pese nuestra separacion!

«¡Hemos concluido!—Y en esta amargura suprema de mi corazon, me sirve de consuelo el pensar que tú ganas en ello. ¡Qué mal me juzgaste!... Bien sabes que no puedo dejar de amarte: inútil es por consiguiente que por venganza te diga que ya no te amo; pero sí puedo decirte que me avergüenzo de mi funesto amor. No lo mereces. ¡Nunca lo mereciste! ¿Tienes acaso corazon? Eres como el comun de las mugeres de tu país, coqueta y vana. Bien echarás de ver que no tengo ira; por tanto estas palabras no son para insultarte. ¡La ira no puede tener lugar en un corazon en el cual ha muerto todo... hasta la esperanza!

«¡Sé feliz, María, sé feliz! ¡En cuanto á mí, si está escrito que muera, mis últimas palabras serán por tí: mi postrer suspiro será tuyo; que soy demasiado hon-

rado para faltar tambien yo, porque tú hayas faltado, al consorcio de nuestras almas!

«Y ahora, ¡oh amiga mia, cuanto ingrata adorada! ahora que te escribo por última vez puedo decirte sin bajeza lo que diré en el instante de mi muerte:—amiga mia, idolo de mi corazon, me has muerto: hazme quitado mas que la vida, porque me arrebataste el porvenir, acaso un nombre glorioso, la felicidad y hasta la última esperanza; pero yo te amaba tanto, que despues de todo y á pesar de todo, te amo aun... Si... ¡te amo! Adios.»

## CAPITULO X.

Aquel mismo dia por la tarde volvió á casa de Aguilar, y temiendo que no recibiera María de su mano la carta, tomó el partido de dársela á Angiolo. A pesar de que el antiguo gondolero queria en extremo á Arturo, en el primer momento se negó á encargarse de aquella comision; pero la desgarradora tristeza retratada en el semblante del jóven le conmovió profundamente; y al fin se hizo cargo de la carta, ofreciéndole que la pondria él mismo en manos de su señorita.

Por lo que hace á esta, apenas salió su amante de su vista aquella mañana, comenzó á arrepentirse de su dureza; y como lo amaba realmente, andaba combinando entre sí cómo le llamaria sin humillar mucho su amor propio. En esta situacion de espíritu, la mas favorable sin duda para el jóven, la encontró la carta que tenia Angiolo el encargo de entregarle; así que, no bien la hubo leído, cuando subió á su habitacion, y bañada en lágrimas escribió:

«María á Arturo:

«Soy la mas desgraciada de las mugeres; porque despues de lo que ha pasado entre nosotros, y despues de mi cruel comportamiento contigo, bien conozco que no querrás perdonarme. Hay realmente en mí ser un misterio que yo misma no entiendo; conozco que no puedo justificar algunas cosas que hago; conozco que debo parecerte á veces una muger de índole perversa; me arrepiento amargamente de lo que he hecho, y sin embargo, al día siguiente incurro en las mismas faltas, si es necesario, con menos disculpa que antes. ¿Qué es esto? Dímelo tú, que eres mejor y mas sabio que yo, si es que puedes alcanzarlo. Por mi parte una sola cosa puedo decirte con todas las veras de mi alma. ¡Te amo, Arturo, y te amo tanto, que si me llegase á convencer de que ya no me amabas, moriria!—Eres tan bueno y generoso conmigo, que á pesar de mis muchas faltas, espero tu perdon. ¿No es verdad que no se lo negarás á tu María?

«Una de las cosas que mas me han hecho sufrir en tu carta es lo que dices sobre que nuestro rompimiento era ventajoso para mí... ¡Arturo! tú olvidas que Dios ha puesto este amor en nuestros corazones, si; porque un amor como el nuestro solo puede emanar de Dios. De mí te sé decir que con él me atrevo á responder de la pureza é inocencia de toda mi vida, porque su llama purifica y sublima todo mi ser: si llegase á perderlo, créeme, Arturo, moriria desesperada!

«Ven á verme esta tarde y escribeme tambien, porque aunque te oiga decir que me perdonas y que me amas, necesito verlo escrito; que ademas de que así podré leerlo y releerlo mil veces.... ¿qué sé yo? me parece que debe costar mas escribir lo que no se siente que decirlo.

«No vayas por esto á creer que yo dudo de tus palabras, no; sino que cuando pienso en lo que vales; cuando considero los tesoros inmensos de dicha que están reservados á la muger que tú amas, me hallo tan pequeña y tan indigna, que no puedo menos de abrigar mil temores: para entonces necesito tus promesas escritas. Adios, adios: no dejes de venir.

MARIA »

Es casi inútil decir al lector que esta carta borró hasta los menores vestigios de lo pasado en la memoria y en el corazon del jóven artista. Tomó, pues, la pluma y escribió:

«Sí, bien mio, debo creerte y te creeré; debo adorarte mas y mas cada día, porque eres un ángel de bondad y de pureza.... ¿pero acaso es posible adorarte mas?

«No, no, adorado bien mio, porque mi amor es el mas grande de cuantos han hecho palpar un pecho humano. ¡Tu carta de hoy me ha hecho tanto bien! ¡Eres en ella tan buena, tan amante, tan indulgente! Tienes razon: Dios ha puesto este amor en nuestros corazones. ¿Qué culpa, pues, cometemos en amarnos? ¡Bien sabes cuanto hemos combatido ambos esta pasion que es hoy nuestra vida, y que ya nació grande, inmensa, irresistible! ¿Qué pueden los míseros humanos contra la voluntad del cielo? Nacimos para amarnos... amémonos!... ¡y ay del que sea infiel, porque ese cometerá la mayor, la mas negra, la mas cobarde de las traiciones!

«Acaso nos reserva el destino dias de felicidad inefable; acaso podamos amarnos un día ante ese mundo corrompido y egoista que no puede comprendernos.... ¡Oh! ¡Si así fuera! Pero tambien pueden aguardarnos dias de combate y de persecucion mas crudos que los que atravesamos. ¡Armémonos para entonces de valor y fortaleza! ¡Confía en mí, adorado bien mio, que yo confiaré en tí! ¡Y ahora, María, perdóname! Perdona esos arrebatos celosos nacidos de la intensidad de mi amor. «Perdóname y ámate. Adios.»

Y aquella tarde, segun el deseo de María, volvió á casa de Aguilar, y por escrito y de palabra, la tranquilizó completamente.

Por desgracia, estas ligeras nubes que oscurecían de vez en cuando el sonrosado horizonte de nuestros amantes eran anuncios precursores de mas serias y peligrosas tempestades. Hemos dicho ya que el viejo Contarini, con la perspicacia del aborrecimiento, habia adivinado la intimidad de los jóvenes, por lo cual se habia declarado abiertamente en favor de las pretensiones del caballero S..., el cual irritado con los obstáculos que la pasión de Arturo oponia á su capricho, llegó, si no á enamorarse del todo, al menos á tener empeñado todo su amor propio en el lance. Por consiguiente, ya no limitó su plan de ataque á rodear á la joven de continuos y apasionados obsequios, sino que dió á entender á las claras á la madre y al abuelo la seriedad de su pretension y el temor que le infundia la presencia del artista.

Desde aquel día comenzó para nuestros héroes una vida de indecibles padecimientos. Como la prudente y delicada conducta de Arturo no autorizaba á los de Aguilar á cerrarle las puertas seguía yendo á la casa, pero observado tan de cerca, que jamás podía hablar dos palabras seguidas á su amada. Apelaron al recurso de las cartas, pero aun de este modo su comunicación era difícil y poco frecuente. Entretanto, el caballero, á pesar de que María lo habia rechazado solemnemente, seguía acompañándola como su sombra en bailes, teatros, paseos, y cada día se hacia mas inminente un choque entre los dos rivales, cuya temible eventualidad hacia que viviese la pobre niña en continuo y desgarrador sobresalto; pero no por esto desmayaba, y su amor por Arturo crecía en proporcion de las dificultades que se le oponían.

Instaban el señor Contarini y el amante rechazado á la madre para que tomase una resolución rigurosa, cerrando su puerta al joven extranjero, y prohibiendo á la niña toda comunicación con él; pero su tierno corazón y el recuerdo de los tormentos que habia ella misma padecido en una situación análoga, la hacían sorda á aquellas sugerencias, y procuraba atraer á su hija al cumplimiento de sus deseos, con los mas seguros, aunque mas lentos medios de la persuasión y la ternura. Aguilar por su parte, si bien ya no pudo menos de caer en cuenta de lo que pasaba en su familia, dió poca importancia á aquellas cosas, considerando la poca consistencia que tienen todos los sentimientos del corazón en la primera época de la vida; y d'Estrées, que por su antigua amistad con los padres y por haberla visto nacer, era para María un segundo padre; lejos de hacer á Arturo la guerra, era el único que no habia alterado en nada sus relaciones con él.

Habían pasado así varios meses; el carnaval de 1848 se acercaba á pasos agigantados, y la ciudad eterna recibía á cada instante en su estenso recinto nuevos huéspedes. Una mañana serena, tres ó cuatro días antes de la gran festividad, paró á la puerta de la embajada de Austria una silla de posta... Abrióse la portezuela y bajó del carruaje un solo viajero.

A pesar de su traje de paisano, tenia en su marchar y en todos sus movimientos ese aire peculiar de los militares que salta á los ojos menos ejercitados; y aunque el trascurso de 18 años produce notables variaciones en la fisonomía humana; cualquiera de los actores ó testigos de los acontecimientos ocurridos en Venecia en una noche del carnaval de 1831, que en la primera parte de esta nuestra verídica leyenda narremos, hubiera conocido desde luego que el mayor Schiller y el viajero que acababa de llegar á Roma eran una sola persona. El coronel, pues esta era entonces su graduación, traía una misión diplomática cerca del enviado de su país, pero esta misión no era mas que un pretexto por decirlo así: motivos mucho mas graves é interesantes para él lo traían á Roma; y si no damos inmediatamente cuenta de ellos al lector, nace de que el mismo coronel, depositario principal del secreto, reservaba su publicación para tiempo mas oportuno, con cuya determinación, y previa la venia de nuestros favorecedores, con la cual contamos, habremos de conformarnos por ahora.

#### CAPITULO XI.

Era la víspera del deseado carnaval. Arturo habia visto la noche anterior á María mas tierna y amorosa que nunca, y habia vuelto á su casa con el corazón lleno de esperanzas y felicidad. La mañana estaba muy adelantada, cuando la huésped entró á despertarlo con una carta en la mano. Tomóla el joven, y al conocer en el sobre la letra de María, latió de júbilo su corazón.

—Rompió la neta. Apenas se atrevía á dar crédito á sus ojos.

«Arturo, escribía la joven, hemos soñado ambos durante algunos meses: perdonadme el que sea yo la que cumpla el triste deber de despertarnos. Sí, Arturo, no hemos nacido el uno para el otro. Nuestra posición recíproca nos traza diversos caminos; nos impone deberes distintos.—Seguid vuestro camino y cumplid vuestros deberes: yo haré lo mismo por mi parte. No me escribáis: no intentéis verme. Es el último favor que os pide María.»

Quedó el joven como herido por el rayo: pero recordando luego su energía, se vistió y salió. ¿Adónde irá? Todos los que hayan amado una vez en su vida lo adivinarán. Fué á casa de María. Le ha prohibido vaya á verla; ¿pero acaso puede cumplir esta orden? Está casi loco.

—Llega, y el portero, contra su costumbre, le detiene y le dice que los señores no reciben. Entonces sale

y se dirige á casa del caballero S.... Su corazón le dice que aquel hombre es quien le ha dirigido el golpe mortal.

Sin detenerse sube la suntuosa escalinata, atraviesa varias habitaciones, y llega sin obstáculo hasta la puerta de su enemigo. La empuja... ¡Oh placer! Está allí, y está solo. Al oír los pasos del joven, se vuelve y le pregunta con alteración:

—¿Qué buscáis? ¿Qué me queréis?

—Os busco á vos, contesta el joven con esa calma terrible que da el último grado de la irritación; os busco y vengo á pedir os cuenta de la dicha que me habeis robado.... ¿entendéis?

—¿Vendría á proponerme un duelo?

—¡A muerte!

—¿Qué locura!... vaya, amigo mío. En gracia del importante servicio que os debo, perdono vuestra insolente descompostura. Idos y sed en lo sucesivo mas prudente.

—¿Os negáis á batiros? ¡Cobarde!

—¡Medid vuestras palabras, y acordaos de que un S.... no puede aceptar retos de un oscuro extranjero; de un artista mendicante!

Y cuando el joven iba á arrojarle sobre el patricio, este, apretando el resorte de una puerta escusada, desapareció de su vista como por ensalmo.

Un instante despues entraron varios lacayos é intimaron al joven que se marchara, ó de lo contrario llamarían á los agentes de policía.

Salió de allí desesperado y se fué derecho á la embajada austriaca; pero el ministro comía fuera aquel día, y aunque volvió repetidas veces y hasta muy entrada la noche, no lo pudo ver. Entonces dejó dicho al ayuda de cámara que anunciase á su amo que tenia que revelarle un gran secreto, y que le suplicaba que le acordase algunos minutos de audiencia á la mañana siguiente.

#### CAPITULO XII.

Y hélo allí de nuevo en su bohardilla de poeta, sentado tristemente delante de aquella mesa de pino, sobre la cual en dias mas afortunados escribió la feliz historia de sus ahora desvanecidas esperanzas; las inefables delicias del primer amor correspondido; las dulcísimas palabras que en su ternura filial encuentra un hijo solo para su madre. Aquellas mal unidas y groseras tablas habian sido la piedra de ara en donde el adolescente neófito habia hecho sus primeras libaciones en el sacro altar de la sublime poesía; aquel tosco asiento, la inspirada tripode, desde donde, lleno del alma espíritu del padre Apolo, y olvidando su patria y nacionalidad, habia lanzado á la asombrada Italia aquellos cantos entusiastas de guerra y de victoria; aquellas odas sublimes en su mismo desorden, que como una chispa eléctrica habian sacado á un pueblo entero de su ominoso letargo, despertando en corazones enflaquecidos por el largo hábito de las cadenas las nobles pasiones que levantan los ánimos mas apocados al deseo de las heroicas lides y las altísimas empresas! El mismo hombre... las mismas cosas... y empero, ¡cuán diferente es el cuadro que presenta ahora á nuestros ojos!

Aquel joven tan alegre, tan bullicioso en otros dias, encorvado ahora bajo el peso de un dolor supremo, apenas parece su sombra. No escribe, ni habla, ni se mueve: con un codo apoyado sobre la pobre mesa y descansando el rostro en la crispada mano, medita: si meditación puede llamarse esa penosa abstracción, esa postración total de las fuerzas intelectuales, que en las organizaciones vigorosas sucede á un vehemente padecer. Pero desgraciadamente ese esfacelo del alma dura poco: muy luego la aguda saeta del dolor nos hace sentir con mas fuerza su envenenada saeta, y nuestro corazón desgarrado renace incesantemente, como el de Prometeo, bajo la garra implacable que lo despedaza.

Vuelve Arturo en sí: levántase, y con desacordes movimientos pasea en derredor de la estrecha habitación. Ya no le queda duda. ¡Aquella joven tan inocente, tan candorosa, es una detestable coqueta! ¡Aquella muger ha destruido para siempre la paz de su corazón, le ha arrancado hasta su última esperanza! ¡Ay del corazón sensible que pone todo su amor, toda su adoración en un ser ingrato é inconstante! Sigue el agitado paseo: el joven se arranca á puñados aquellos blondos y ensortijados cabellos que la mas hermosa dama envidiaría; sin cólera y sin dolor, porque no piensa. Es su ofuscado entendimiento una diminuta imágen del caos; confusión, tinieblas; y de en medio de la oscuridad surge con lúgubre y sangriento resplandor una sola idea, una sola palabra. ¡Muerte! ¡muerte!... ¡muerte!

—¡Muramos, pues! gritó el joven. Y lanzándose á la cabecera de su cama se apoderó de una de las pistolas que le regaló en otros tiempos el caballero S.... Está cargada el arma... el joven la amarilla, coloca la boca en una de sus sienes y va á disparar....

(Se continuará.)

#### EL SACRIFICIO DE ISAAC.

«Abraham! Abraham!» desde el escelso asiento se oye una voz que el Universo llena, y en sublime concenjo el eco de esta voz rasgando el viento en el alma de Abraham dulce resuena.

«Si probarme tu amor, la voz le dijo, codicias por tu bien, y el régio fausto de esta mansion para la cual te elijo, en prenda de tu fé, á Isaac tu hijo en mis aras le ofrece en holocausto.

Prepara el haz de leña, el fuego y el cuchillo, y yo tu planta haré que arribe á la enriscada peña, y dame de obediente clara enseña hundiendo tu cuchillo en su garganta.

El siervo del Eterno que de hinojos inmóvil le escuchara atento y fijo, preparó su cuchillo y los abrojos, y arrasados en lágrimas sus ojos, cargó los hombros de su tierno hijo.

El patriarca lento y marchaba y las huellas de Abraham Isaac seguía, y el árido camino se regaba con lágrimas que el padre derramaba, y gotas del sudor que Isaac vertía.

Agoviada la frente del joven infeliz, de fuerza exhausto, descanso dió á sus hombros, é inocente dijo á su padre triste y balbuciente:

—«¿La víctima cuál es del holocausto?»

—«Ya Dios proveerá; sigue, hijo mío, y olvide ese cuidado tu memoria.» Y el angustioso padre, mudo y frío, prosiguió demostrándole desvío hasta que se encontró en el monte Moria.

El alma hecha pedazos, edificó el altar, atizó el fuego, del haz de leña desató los lazos, y al dar á Isaac los últimos abrazos, duda un instante y se resuelve luego.

—«Prepárate, hijo mío, ya es la hora;» dice entre el llanto que el dolor profiere.

—«Y la víctima, padre ¿en dónde mora?»

y añade Abraham con voz desgarradora —«Tú mismo, Isaac, porque el Señor lo quiere.»

Un fúlgido destello diviniza de Isaac el dulce brillo: aparta su cabello, y desnudo presenta el albo cuello al acerado corte del cuchillo.



«Detente, Abraham!» el ángel de su guarda esclama conteniendo al parricida. «¡Oh! no cometas esa acción bastarda y el acero homicida al punto guarda: la voluntad de Dios está cumplida.

Para probar al fuerte. Dios conduce al peligro á los mortales, pero al que le respeta de esa suerte, le bendice en la vida, y en la muerte le reserva sus reinos celestiales.»

BRAULIO A. RAMIREZ.

## SEMANA RELIGIOSA.

## LA MAGDALENA.

En la estremidad occidental del magnífico boulevard que atraviesa á París habia en el siglo XII una casa de campo (*villa*) perteneciente al obispo. La capilla de esta residencia episcopal llegó á ser bien pronto muy estrecha para la afluencia de los fieles que acudían allí de los pueblos inmediatos, y en 1487 el rey

ces la parroquia estaba en las afueras de París y las casas que rodeaban la iglesia, muy distante de poder ser comparadas con las construcciones anchas y regulares que se edificaron en su vecindad en el reinado de Luis XV y las que se han hecho en nuestros días. Cuando bajo el reinado del príncipe que acabamos de mencionar, se proyectaron los trabajos de la plaza que lleva su nombre, el Guarda-Mueble, el ministerio de Marina y la calle Real, se vieron en la necesidad de reconstruir por la tercera vez la iglesia de la Magdalena, cuya estension llegó á ser suficiente para el número creciente de los habitantes.

zon, que el portal carecía de la nobleza y de la grandeza convenientes á la posición de la iglesia. Luego, cuando este segundo arquitecto volvió á comenzar los trabajos no quedó completamente satisfecho con su plan, como no lo habia quedado con el de su predecesor, é hizo otra vez demolerle para edificarle según otro sistema.

La revolucion que destruyó el trono y cerró los templos interrumpió los trabajos de la Magdalena y echó por tierra la antigua iglesia del Obispo. Poco tiempo despues de haberse apoderado de la corona, Bonaparte quiso convertir la Magdalena en un templo de la gloria, donde sobre anchas tablas de oro macizo deberían ser inscritos los nombres de sus mas valientes soldados; pero el emperador escogió él mismo en el campo de Tilsit el plan de Pedro Vignon entre todos los que habian sido propuestos; y este plan exigió la demolición de lo que habian hecho los primeros arquitectos. Cuando el emperador se vió obligado á dejar la Francia, la ejecución del nuevo proyecto se hallaba muy distante de verse terminada.

Un año despues del regreso de los Borbones, Luis XVIII mandó que el templo fuese reducido al culto católico, y que se colocasen en él los monumentos espiatorios de los miembros de la familia real, que habian sido víctimas de la revolucion. Algun tiempo despues se volvieron á emprender los trabajos, y el edificio habia llegado ya á una altura considerable, cuando sobrevinieron los acontecimientos de 1830. Deseoso de acabar los principales monumentos comenzados por los gobiernos que le han precedido, el nuevo poder hizo marchar la construcción de la Magdalena con una rapidez ejemplar. Por fallecimiento de Pedro Vignon (1828), el cuidado de acabar su obra fué confiado á uno de los mejores arquitectos de París, M. Huvé, quien ha seguido religiosamente los planes de su predecesor: uno de los mas hábiles escultores parisíenses, M. A. Lemaire, ha sido encargado, á consecuencia de un concurso, de ejecutar el bajo relieve que decora el frontispicio de la iglesia. El grabado que ofrecemos á nuestros lectores es la reproducción exacta de esta composicion.

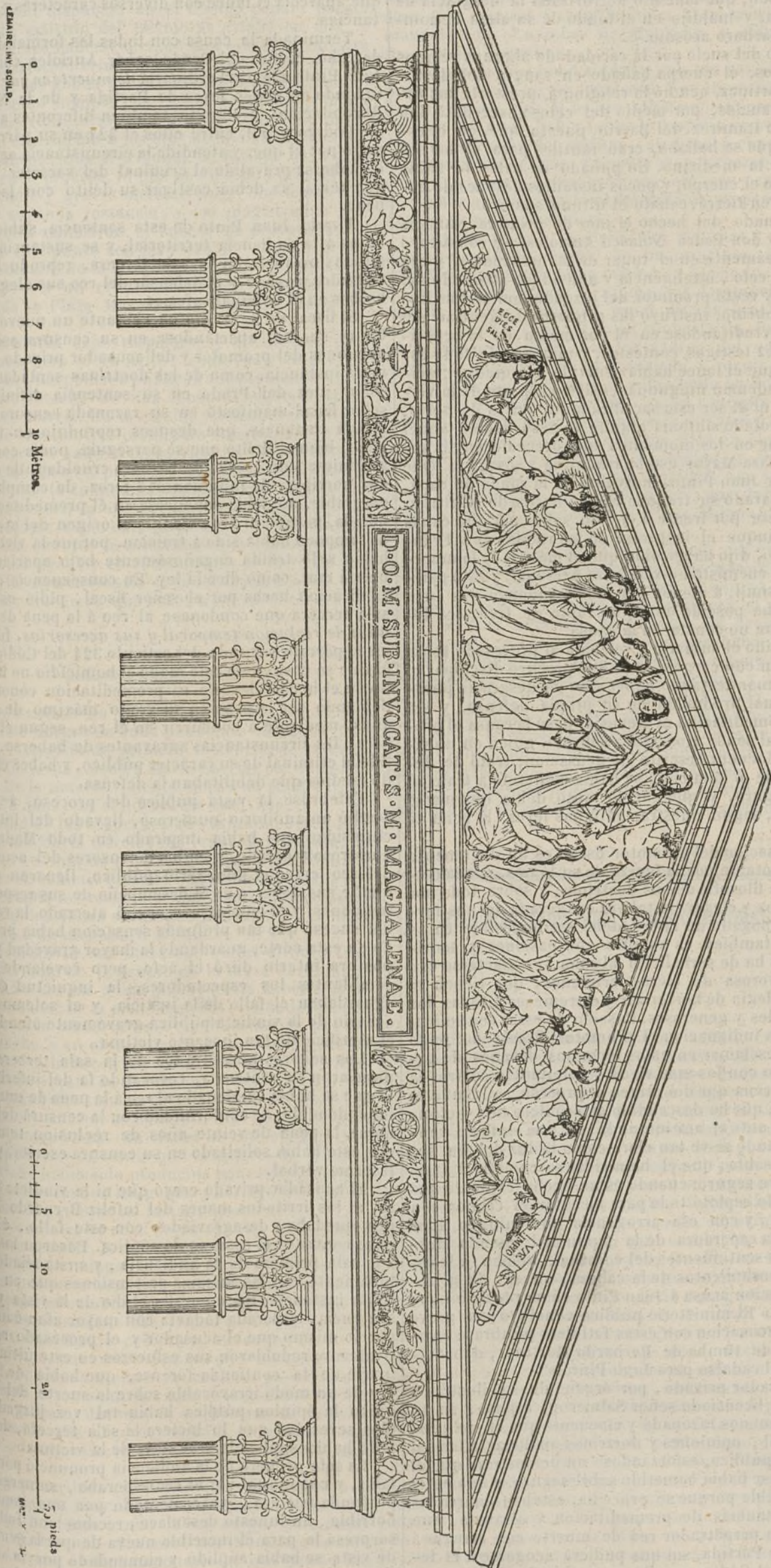
En medio del fronton está Jesucristo de pié abriendo los brazos á la Magdalena arrodillada, penitente e implorando con su arrepentimiento y sus lágrimas la misericordia del Salvador. Estas dos figuras solas forman el asunto principal y real, pues todas las demas son simbólicas ó emblemáticas, y espresan lo que ha pasado y lo que pasa en el alma de la Magdalena durante los errores de su vida y despues de su penitencia.

A la izquierda de Jesucristo (á la derecha del espectador) está el ángel vengador con su espada, que rechaza y despide lejos de la joven convertida la impudencia, la lujuria, la hipocresía, la avaricia, y este grupo de figuras alegóricas termina con un alma rebelde lanzada á los infiernos por un demonio. Este último episodio llena el ángulo agudo del fronton, y toda aquella parte de la izquierda de la composicion se refiere á la vida pasada de la Magdalena hasta el día de su penitencia.

A la derecha de Jesucristo está el ángel de la resurrección; despues se adelantan el candor, la fé, la esperanza, cuya actitud y espresion indican su intercesion y el favor hácia la pecadora penitente. Despues está sentada la caridad con dos niños, el uno en sus brazos y el otro á su lado; y en fin, el ángulo agudo de esta parte del fronton está lleno con la resurrección de un cuerpo, cuya alma ha sido buena, y sobre la losa funeraria se leen estas palabras: *Eccé dies salutis* que contrastan con el *Vae impio*, trazado sobre la losa del malvado colocada en el ángulo opuesto. Debajo de la cornisa que sirve de base al fronton en un cartel que interrumpe los ornamentos del friso se leen estas palabras, de las cuales las tres primeras están espresadas con iniciales. *Deo, optimo, maximo, Sub invoc. B. M. Magdalena.*

La ejecución de esta obra es en general grande y ancha; en algunas partes, sin embargo, se observa un poco de redondez, particularmente en la figura mas aparente, Jesucristo, que sea dicho de paso, recuerda con especialidad el mismo personaje, esculpido en Roma en 1823 por Thorwalsen. La posición de la Magdalena arrodillada es poco favorable á la escultura en bajo relieve, sobre todo cuando debe ser vista de lejos y desde lo bajo á lo alto. Se ha criticado tambien la manera un tanto violenta con que el ángel exterminador sostiene su espada; y en fin, á muchas personas les ha llamado la atención ver que la Magdalena, que está sobre el primer plan, no está esculpida mas que en bajo relieve, al paso que la parte superior de Jesucristo, que aparece menos avanzada, se destaca casi de un modo que forma redondez.

De cualquier manera que sea, la impresion producida sobre el público por el aspecto del frontis y del conjunto del monumento, ha sido favorable al arquitecto y al escultor. El pueblo de París, que por espacio de muchos días acudió en derredor de este edificio, se manifestaba orgulloso con la posesion de una obra maestra del arte arquitectónico. Tal es el privilegio de las cosas verdaderamente bellas, pues hacen nacer un sentimiento de admiracion entre los hombres del pueblo menos instruidos. Todo el mundo contemplará con satisfaccion esta fachada corintia tan noble y tan elegante, aquel conjunto tan bello de sencillez, al mismo tiempo que tan rico de detalles, y que indudablemente puede ponerse en cotejo con las mas grandes concepciones de la arquitectura griega.



Fronton de la iglesia de la Magdalena en París.

Carlos VIII mandó edificar en su lugar una iglesia en la cual instituyó una cofradía de la Magdalena, de la que él mismo y la reina quisieron ser miembros. La cofradía dió su nombre á la iglesia que desde esta época fué llamada Santa Magdalena. Bajo el reinado de Luis XIV, habiéndose acrecentado el número de habitantes y amenazando ruinas el edificio, se reconstruyó la iglesia, á la cual puso la primera piedra en 1639 la señorita de Montpensier. Enton-

Entonces se resolvió edificar enfrente de la calle Real un nuevo templo que pudiese terminar magníficamente de esta parte la perspectiva de la plaza de Luis XV. Los trabajos comenzaron en 1764, y entretanto dejaron subsistir la antigua iglesia. El arquitecto encargado de los trabajos murió antes que su obra fuese terminada, y el edificio no se elevó mas que á quince pies de altura. Su sucesor hizo demoler todo cuanto se habia fabricado, pues encontraba, no en ra-

## SEMANA JUDICIAL.

## CAUSA SOBRE EL ASESINATO DE BERNARDO MARTINEZ

EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID

EL 27 DE MARZO DE 1848.

Los tristes sucesos de que fué teatro sangriento la capital de la monarquía el 26 de marzo de 1848, son un recuerdo lúgubre y sombrío para toda alma generosa y noble, que contempla en las terribles escenas de aquel día de desolación y amargura, hasta donde conduce á los espíritus irreflexivos ese funesto fanatismo político, que es el delirio febril que atormenta á las naciones en el presente siglo. No hay en Madrid persona sensata que no recuerde con dolor las víctimas que en aquel terrible día y en algunos de los posteriores, fueron sacrificadas en la lucha de los dos bandos políticos, que deponiendo las nobles armas de la razón y de la doctrina, trabaron en las calles de la capital de España un combate sangriento. Los rayos desprendidos de la tormenta revolucionaria, sacrificaron numerosas víctimas, así del insensato partido que se alzó en rebelión contra el gobierno establecido, como del que fiel á sus deberes, y obedeciendo las órdenes de la autoridad legítima, combatió la revolución hasta vencerla y confundirla en el terreno de la fuerza, á que con temerario arrojo le provocara.

Mas por desgracia no fueron solo los combatientes de uno y otro campo los que sufrieron los horrores de aquel día de ominoso recuerdo. Alcanzó también la calamidad á varias personas inofensivas y pacíficas que agenas á toda pretension en la encarnizada lucha de los dos partidos, sucumbieron víctimas de una de esas fatalidades terribles, que una mano siniestra parece tener escritas para ciertos seres en el libro de los destinos. Bernardo Martinez, honrado y laborioso carpintero en esta corte, fué una de esas víctimas, y las particulares circunstancias de su muerte en los portales de la Plaza Mayor, dieron origen á un famoso proceso que agitó vivamente los ánimos del público madrileño en aquellos días, y es el de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores.

Después de una noche lúgubre y pavorosa, último cuadro de un horrible y sangriento drama, amaneció el día 27 de marzo, en que los habitantes pacíficos de Madrid, no vueltos en sí todavía de su terror y sobresaltos, se atrevieron á salir á las calles de la población, ya que no á conversar detenidamente entre sí sobre las ocurrencias del día anterior, por no aparecer sospechosos á la autoridad, que en tales circunstancias mira con justo recelo hasta los actos mas inocentes, á leer al menos en los muros de los edificios, en las huellas sangrientas de ciertos parages y en la impudente actitud de la fuerza pública, la historia fatal de la jornada del 26 de marzo con sus horribles detalles y pormenores.

Entre los habitantes de la población, á quienes un irresistible y secreto impulso de curiosidad y pavor, llevó á recorrer ciertos sitios en aquella mañana del 27 se hallaba el infeliz Bernardo Martinez. Unido con sus compañeros Rafael Artengo, Francisco Barrio y Valentin Parapar, recorrió varias calles de la población aquella mañana; y después de haber estado una media hora con los mismos en una casa de la calle de Esparteros, resolvieron los cuatro retirarse á sus respectivas ocupaciones, separándose en la calle de la Fresa. Martinez habia pasado por las principales calles de la capital, que en las primeras horas de aquella mañana se encontraba tranquila, y aunque el terrible aparato de la fuerza pública en la puerta del Sol y otros sitios de la población, manifestaba que en las entrañas del volcan, en la apariencia apagado, se agitaba aun el fuego de la rebelión, y que por consiguiente el peligro no habia concluido, el desgraciado artesano, tranquilo sin duda con el testimonio de su conciencia, se dirigió á la Plaza Mayor, donde á las once poco mas ó menos de la mañana de aquel día, se oyeron segun varios testigos del proceso, gritos y voces subversivas, viéndose hacia el arco de la calle de Toledo, algunas corridas que pusieron en alarma al vecindario de aquellas inmediaciones. Otros testigos del sumario, entre los que figuran el presbítero don Romualdo Ramirez del Barrio, el inspector de las rondas don Francisco Garcia Chico, el municipal Benito Bermudez, y los dueños de varios establecimientos de la Plaza Mayor, manifiestan que no hubo tales voces ni corridas. Mas, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Bernardo Martinez, pacífico y en ademan tranquilo, y sin llevar consigo arma alguna, cruzaba solo por los portales de la plaza, en aquellos momentos para él tan terribles y supremos, en que sin saberlo, se dirigia el infeliz con paso sosegado á buscar su propia tumba. Continúa Bernardo su camino hasta llegar á el arco ó pasadizo de la calle Imperial, frente del cual habia parados algunos individuos de la ronda de capa. Detiéndose un instante al cruzar por aquel sitio, sin duda porque alguno de esos vagos y misteriosos instintos del alma, precursores de las desgracias, le hizo fijar los ojos en el suelo que pisaba donde humeaba todavía la sangre de las víctimas sacrificadas el día anterior, cuando he aquí que sin mediar otro incidente ni circunstancia, retumba en los ámbitos de la galería una detonación espantosa, que cual si fuera un rayo derriba en tierra sin vida á un hombre que por allí pasaba. La detona-

ción habia sido producida por un trabuco, que, tranquilo y satisfecho de su obra, guardó después bajo su capa Juan Pinto, individuo de la ronda secreta, y el hombre que habia caído en tierra, herido por su alevoso plomo, era el infortunado artesano Bernardo Martinez.

Un sentimiento de pavor y espanto heló la sangre de las personas que, pasando á la sazón accidentalmente por aquel sitio, presenciaron aquella horrible y bárbara escena; sin que nadie pudiera explicar por entonces, el origen y motivo de donde procedia. La gente comenzó á agitarse en varias direcciones, sobrecogida con aquel inesperado y pavoroso lance, difundióse la noticia con la rapidez del relámpago por la población, que lamentó horrorizada la desgracia de la víctima, y maldijo en el fondo de su alma el nombre del bárbaro asesino.

Alzado del suelo por la caridad de algunos vecinos compasivos, el cuerpo bañado en sangre del desdichado Martinez, acudió la religión á prestarle sus últimos consuelos, por medio del celoso sacerdote don Romualdo Ramirez del Barrio, puesto que, en el estado en que se hallaba, eran inútiles para él los socorros de la medicina. Un puñado de balas le habia acerbado el cuerpo, y pocos instantes después de haber caído en tierra, exhaló el último suspiro.

Informado del hecho el juez de primera estancia del Prado don Pedro Nolasco Auriolles, se constituyó instantáneamente en el lugar de la ocurrencia, y con el mayor celo, inteligencia y actividad, auxiliado del ilustrado y recto promotor del juzgado don Matias Rodriguez Sobrino, instruyó las primeras diligencias del sumario acreditándose en él por medio de la deposición de diez testigos contestes, y mayores de toda escepcion, que el lance habia ocurrido sin mediar escitación ni ademan ninguno ofensivo por parte de la víctima; que ni al ser esta sacrificada, ni antes de serlo, se habia notado sintoma alguno de desorden en aquel sitio, y que en los momentos que precedieron al suceso, la Plaza Mayor estaba tranquila y sosegada. Que el matador Juan Pinto, individuo de la ronda de capa, habia disparado su trabuco contra Bernardo Martinez, al pasar este por frente á él, sin saber por qué causa lo hizo, aunque el inspector de las rondas don Francisco Chico, dijo haber oído que el motivo de la muerte fué una enemistad ó venganza personal; y esto parece lo verosímil, á menos que no se suponga que Juan Pinto estaba poseído de algun rapto de frenética locura, lo que no consta en la causa.

Concluido el sumario y recibida al procesado Pinto la confesion con cargos, en la que procuró disculpar el atentado, manifestando haber sido la desgracia puramente casual producida en su propia defensa, y sin mediar premeditación ni alevosia, pasó la causa al promotor fiscal señor Rodriguez Sobrino, quien en un vigoroso y elocuente escrito de acusación, trató de demostrar que el homicidio se habia cometido á traición y sobre seguro, y que por lo tanto debia imponerse al acusado, segun nuestras antiguas leyes, la pena de muerte.

La acusacion del promotor fiscal es un documento forense, notable por la fuerza de su lógica, por la recta y severa filosofía de sus doctrinas, y sobre todo por la brillantez y elegancia tal vez exagerada de sus formas. El abogado de la ley debe ser impasible como ella, pero tambien es hombre con pasiones y sentimientos, y ha de serle lícito alguna vez afectarse con la idea pavorosa de ciertos crímenes, que tienen el triste privilegio de horrorizar y estremecer á todas las almas nobles y generosas. Poseído de estos sentimientos de justa indignación el promotor fiscal, no pudo menos de esclamar en estos términos después de haber descrito con los mas vivos y palpitantes colores la horrible escena que dió origen al proceso: «Cuando se sabe, dijo, que ha descendido al sepulcro una víctima sacrificada ante el ara inmunda de una infame venganza; cuando se ve tan claro como la luz del día, segun el rey sabio, que el homicidio se cometió á traición y sobre seguro; cuando es un hecho evidente que el asesino lo esplotó todo para ejecutar el crimen con sangre fria, y con esa arrogancia que infunde á los malvados la esperanza de la impunidad; cuando después de los sentimientos del corazón, vienen á la escena los pensamientos de la cabeza, un ¡ay! de general indignación acusa á Juan Pinto como reo de infame alevosia...» El ministerio público concluyó su grave y terrible acusacion con estas fatídicas palabras: «Ante la humilde tumba de Bernardo Martinez, debe alzarse un vil cadalso para Juan Pinto.»

El acusador privado, por órgano de su ilustrado defensor el licenciado señor Salmeron, espuso, en un escrito no menos razonado y elocuente que el del promotor fiscal, opiniones y doctrinas análogas á las del ministerio público, esforzándose en demostrar que el homicidio se habia cometido sobre seguro, y que en el hecho horrible porque se procedia, estaban marcadas las circunstancias de premeditación y alevosia, que hacian á su perpetrador reo de muerte con arreglo á las leyes de Partida, sin que pudiera acogerse á la legislación del Código penal, y su artículo 20, puesto que en aquel se calificaba con igual severidad, y se imponia igual pena al delito cometido.

El abogado defensor de Juan Pinto, señor Cornás y Rodriguez, hizo un esmerado trabajo en favor de su cliente, esforzándose con singular habilidad y destreza en demostrar que el homicidio habia sido casual, puesto que no habia motivos para creer que hubiese habido enemistad entre el sacrificador y la víctima, y que Juan Pinto, al disparar su trabuco, con el

que accidentalmente ofendió á Bernardo Martinez, lo hizo porque habiéndose alzado un motin en la plaza en los momentos que precedieron á la triste ocurrencia, hubo de cumplir con su deber, haciendo fuego segun se le habia prevenido por sus gefes, contra cualquier grupo que se formase en ademan hostil, y con tendencias de perturbar la tranquilidad pública. Por desgracia del procesado, los testigos en que su defensor apoyó estas reflexiones, depusieron en los autos con tanta variedad y discordancia, que se hicieron sospechosos de parcialidad, y no pudieron arrancar del ánimo del juez la impresion que en sentido contrario le habian producido las primeras diligencias del proceso, en las que aparecia el lance con diversos caracteres y circunstancias.

Terminada la causa con todas las formalidades de derecho, el juez del Prado señor Auriolles condenó á Juan Pinto á la pena ordinaria de muerte en garrote vil, fundado en varias leyes de Partida y de la Novísima Recopilacion, y citando tambien diferentes artículos del Código penal, entre ellos el 324 en su párrafo primero por el que, y atendida la circunstancia agravante de haberse prevalido el criminal del carácter público que tenia, se debia castigar su delito con la última pena.

Alzado Juan Pinto de esta sentencia, subieron los autos á la audiencia territorial, y se sustanció la segunda instancia en la sala tercera, reproduciendo el acusador privado y el defensor del reo sus alegaciones hechas en el tribunal inferior.

El fiscal de S. M. dió no obstante un nuevo carácter al suceso, apartándose en su censura así de las opiniones del promotor y del acusador privado en primera instancia, como de las doctrinas sentadas por el señor juez del Prado en su sentencia definitiva. El señor fiscal manifestó en su razonada censura de segunda instancia, que después reprodujo en tercera, que si bien el delito que se perseguia, podia con razon atribuirse á un exceso de bárbara crueldad, de estupidez horrible, de inhumanidad feroz, de complacencia execrable, no debia suponerse en él premeditación conocida, porque ni era evidente el origen del atentado, ni tampoco habia sido á traición, porque la víctima no habia sido traida engañosamente bajo apariencia de bien á mal, como dice la ley. En consecuencia de esta calificación hecha por el señor fiscal, pidió este á la sala tercera que condenase al reo á la pena de veinte años de reclusion temporal y sus accesorias, fundado en el párrafo segundo del artículo 324 del Código, por el que se castiga de este modo el homicidio no habiendo en el hecho alevosia ni premeditación conocida, y debiendo ser la pena en su grado máximo de veinte años, mediante á concurrir en el reo, segun el señor fiscal, las circunstancias agravantes de haberse prevalido el criminal de su carácter público, y haber empleado medios que debilitaban la defensa.

Celebróse la vista pública del proceso, á la que acudió un auditorio numeroso, llevado del interés y curiosidad que habia inspirado en todo Madrid tan horroroso atentado, y así los defensores del acusado y del reo, como el ministerio público, llenaron dignamente sus deberes en el desempeño de sus respectivas funciones, y el concurso escuchó aterrado la relacion del suceso que tan profunda sensacion habia producido en esta corte, guardando la mayor gravedad y compostura interin duró el acto, pero revelando en sus semblantes los espectadores, la inquietud con que aguardaban el fallo de la justicia, y el solemne desagravio de la vindicta pública gravemente ofendida en el sacrificio de tan inocente víctima.

Los señores magistrados de la sala tercera pronunciaron su sentencia, revocando la del inferior, en la que se habia condenado al reo á la pena de muerte, é imponiéndole, de conformidad con la censura del señor fiscal, la pena de veinte años de reclusion temporal, que este habia solicitado en su censura escrita, y en su informe verbal.

El acusador privado creyó que ni la vindicta pública, ni los irritados manes del infeliz Bernardo Martinez, quedaban desagraviados con este fallo, é interpuso contra él el recurso de súplica. Pasaron los autos á la sala primera de la audiencia, y sustanciados debidamente con las mismas pretensiones que en la anterior instancia, llegó por fin el día de la vista y de la sentencia, esperada todavía con mayor afán é interés, por lo mismo que el acusador y el procesado respectivamente redoblaron sus esfuerzos en este último baluarte de la contienda forense, que habia de resolver de un modo irrevocable sobre la suerte del reo, á quien la opinion pública habia tal vez juzgado con mas severidad que lo hiciera la sala tercera, de cuyo fallo habia suplicado la familia de la víctima.

La sala primera de la audiencia pronunció por fin su fallo, y cuando tal vez el reo esperaba, sumergido en profunda tristeza, y atormentado por una inquietud horrible, un funesto desenlace, recibió con indecible sorpresa la para él increíble nueva de que la sentencia de vista se habia suplido y enmendado por la sala, y que se le imponia simplemente la pena de dos años de presidio y las costas.

Esta sentencia no pudo menos de causar la mas honda sensacion en el ánimo de cuantas personas tuvieron noticia de ella. Madrid que recordaba el sacrificio horrible del infortunado artesano Bernardo Martinez, y que esperaba que su ensangrentada sombra recibiría el condigno desagravio, y con ella la sociedad y la vindicta pública ofendidas, no pudo menos de saber con pasmo y sobresalto, que el asesino de aquel

había tenido la buena suerte de ser condenado a dos años de presidio. La extrañeza y asombro que causó esta sentencia á cuantas personas presenciaron el atentado ó tuvieron de él noticia, subía aun mas de punto, atendida la redacción sencilla y lacónica de la sentencia de revista, que con razon, y atendidas las circunstancias del caso, podía en cierto modo llamarse una verdadera absolución del reo. En ella se dijo simplemente por la sala que se condenaba á Juan Pinto en dos años de presidio y en las costas, por haber sido tratado con mayor rigor, caso de reincidencia.

El contexto de esta sentencia no guardaba conformidad con lo dispuesto en el Código penal: puesto que ningun artículo del mismo se citaba en ella, y tampoco parece haberse dictado con arreglo á nuestra antigua legislación criminal, en la que, desde el Fuero Juzgo de los godos hasta la Novísima Recopilación, se ha castigado siempre con la mas grave de las penas el homicidio voluntario. La referida sentencia no tiene, pues, fácil explicación á los ojos de la ciencia y del derecho; á menos que el tribunal de revista haya desobedecido en el proceso, lo que no vieron, á pesar de su prolijo estudio y graves meditaciones, los fiscales de primera y segunda instancia, y los magistrados que en una y otra calificaron el suceso de distinto modo, acordando en este punto con las leyes que citaron, y con el fallo intuitivo de la conciencia pública, que desde luego creyó ver un crimen execrable en el horrible atentado de la Plaza Mayor en la mañana del 27 de marzo.

La ejecutoria debe respetarse y obedecerse profundamente, pero si es lícito, como en efecto lo es, ejercer sobre los poderes públicos sin distinción alguna, el libre derecho de una censura decorosa y prudente en el terreno de la ciencia jurídica, tal vez habrá en este caso motivo justo para creer que el tribunal superior no anduvo demasiado feliz y acertado en la resolución de este proceso, que á la triste celebridad que le dió la inhumana barbarie del crimen, ha unido despues con la inesperada sentencia de revista otra circunstancia que hará inolvidable su memoria en Madrid, para cuantos se interesen en la rigurosa aplicación de las leyes, y en el triunfo de la justicia. Por desgracia los sacerdotes de esta soberana deidad, no están libres del error que es el triste patrimonio del hombre.

F. P. DE A.

**EXTRANGULACION DE UN ANCIANO.** En la audiencia territorial de Burgos se halla pendiente la causa formada en el juzgado de primera instancia de Arenas, provincia de Avila, contra María García, por suponer la autora de la muerte violenta dada á su suegro, anciano de 73 años, en el pueblo de Casavieja.

En virtud de las sospechas que infundió desde luego la referida María García, fué reducida á prision, en union con su marido; hijo del difunto. El atentado parece que se cometió estando en la cama el infeliz anciano; y cuando los vecinos del pueblo, segun costumbre de las poblaciones cortas, se hallaban en la misa el domingo 2 de diciembre último.

Los facultativos han declarado que el difunto tuvo un gran derrame de la sangre en la masa cerebral, á consecuencia de un golpe que aparecia haber sufrido en el arco orbital de la sien izquierda, notándose una lista amoratada alrededor del cuello como de tres líneas de ancho, y en el interior de él la sangre extravasada. También hallaron los facultativos rota la clavícula del lado izquierdo del pecho, y desunida del esternon, y hundidas tres costillas del lado derecho. Las clavículas del corazon se hallaron, una ingurgitada de sangre y la otra vacía. En virtud de este examen, los profesores fueron de sentir que la muerte del desgraciado anciano habia sido producida por estrangulación; y que de todos modos los golpes y heridas se la hubieran producido, á unque no instantáneamente.

La procesada es de edad de 29 años de color moreno, estatura regular, fornida, robusta y de buenas proporciones. En la indagatoria que se le recibió por el juzgado se mantuvo impávida y serena, incurriendo en algunas contradicciones, desfigurando los hechos, y negando completamente haber cometido el delito que se le imputaba.—En la confesion, sin dar muestra alguna de flaqueza ni verter siquiera una lágrima, se limitó á decir que la muerte de su padre político habia sido causada al caerse de la cama en la mañana del 2 de diciembre último, durante la celebracion de la misa, y que, oyendo ella el golpe, acudió, le levantó como pudo, le puso en ella, le arrojó y salió á llamar á unos vecinos.

Graves y terribles son los indicios que contra la procesada resultan, mas no parece que haya una prueba, tan cabal y luminosa como la ley exige, para imponerle la última pena.—Sin embargo, tal es la que en el juzgado inferior se le ha impuesto, y que pende hoy de la decision de la audiencia de Burgos. Tal vez en el presente caso, seria oportuna la aplicación de la segunda del Código penal, en la que se dispone que, cuando no hubiese plena probanza respecto á la criminalidad de los procesados, se les imponga la pena de su grado mínimo, ó la inmediatamente inferior si se trata de la de muerte ó alguna de las perpétuas. En caso de duda debe favorecerse la condicion de los reos, y por este sábio principio de equidad y justicia, que sin duda endrá presente el tribunal superior,

acaso la procesada se salve del último suplicio, á que en primera instancia ha sido condenada.

Parece que la causa se ha instruido con una actividad y rapidéz extraordinarias, lo cual siempre es digno de elogio, cuando no perjudica á la libertad de la defensa, ni al descubrimiento de la verdad.

**UN SOBRINO FINGIDO.** Pasaba por la villa de Lerma, hace poco tiempo, un licenciado del cuerpo de artillería del departamento de Puerto Rico, y habiendo entrado en una casa de dicha villa, su dueña, juzgando por su voz y fisonomía que era un sobrino suyo llamado Mauricio, que tenia en la Habana hacia muchos años, empezó á tratarle como á tal sobrino, llamándole con el nombre de Mauricio, y colmándole de agasajos y cariños.

Sorprendido el buen soldado con tan estrañas demostraciones de afecto, contestó á su improvisada tia una y otra vez, que él no era tal Mauricio, pero aquella, que sin duda habia formado empeño de ser tia de veras á despecho del militar, atribuía á chanzas las contestaciones de este, y cuanto mas rechazaba el soldado el supuesto parentesco, mas alhagos y cariños le prodigaba aquella, hasta el extremo de prepararle una gran cena para obsequiarle.

En vista de este incidente tan singular y estravagante, el soldado, formal en un principio, hubo de entrar en cuentas consigo mismo, y variando de rumbo, se decidió á correr la broma, y á desempeñar por aquella noche el fingido papel de sobrino, echando sendos tragos á la salud de su supuesta tia. Presentáronse despues en la casa los padres del verdadero Mauricio, y resuelto ya el licenciado á seguir adelante con la ficción, anuncióse á ellos como su hijo recién venido de América; y recibido en tal concepto por los mismos, sin duda por la semejanza que tuviera con el verdadero Mauricio, pasó algunos dias en el seno de la familia lleno de obsequios y agasajos, y formando la alegría de aquellas gentes sencillas, que suponian haber recobrado á su hijo Mauricio, que despues de muchos años de ausencia en el Nuevo Mundo, lo consideraban muerto.

Tan improvisada felicidad no duró, sin embargo, mucho tiempo al licenciado; pues por arte del diablo vino á descubrirse á los pocos dias el enredo, averiguándose que el supuesto Mauricio era el soldado Juan Miranda. Sabedora la justicia del hecho, se le formó causa criminal por la ficción que habia cometido, reduciéndolo á prision, donde ha purgado con largos dias de encierro los ricos bocados y sabrosos tragos con que le obsequió su improvisada familia; amen de lo cual le ha impuesto el juzgado por remate de fiesta la pena de siete meses de prision correccional, calificando la ficción de imprudencia temeraria, con arreglo al artículo 469 del Código penal. El proceso habrá sido ya tal vez fallado á estas horas en consulta por la audiencia del territorio respectivo.

## EL LICENCIADO DON TADEO CRISTOBAL.

I.

A principios del año de 1833 me hallaba en Méjico muy incomodado con un negocio harto delicado: se trataba de realizar el cobro bastante dudoso de un crédito muy considerable contra un deudor cuyo paradero ignoraba, y nadie me daba la menor noticia. Los intereses que se me habian confiado exigian que este asunto se manejase con el mayor tino y actividad. Deseando el acierto me habia dirigido sucesivamente á varios abogados acostumbrados á no emplear en vano su ciencia en esta clase de litigios. Todos ellos habian principiado ofreciéndome su ciencia, conocimientos y el mayor celo, mas luego que nombraba al deudor invisible (se llamaba don Tadeo Peralta) se encogian de hombros, y oponian á mis justas reclamaciones las mas frívolas excusas. Uno decía «que jamás se perdonaria si por su causa sufriese el menor disgusto un sugeto tan apreciable como el señor Peralta;» otro alegaba «que era compadre suyo hacia muchos años;» aquel se enterneció recordando la estrecha amistad que se profesaban desde niños... únicamente el último fué el mas sincero y franco de todos: me dejó entrever que todos los pretestos de amistad, padrinazgo y demas iban acompañados de cierto temorcillo á alguna estocada que les regalase el señor Peralta, que sin duda se habia valido mas de una vez de este expediente medio para deshacerse de algunos acreedores demasiado importunos:— el único que podrá encargarse de vuestro negocio, me dijo, es el licenciado don Tadeo Cristóbal; tiene un corazon de pedernal, y su brazo es de hierro: es el hombre que os conviene.» Oído esto corrí sin detenerme á la calle de los Batanes que era en donde me habia dicho que vivia, pero ¡oh, desgracia! don Tadeo ya no habitaba allí, acababa de mudarse y nadie pudo, ó quiso darme las señas de su nuevo domicilio.

Despues de haber trotado inútilmente todo el dia me pascaba cabizbajo y abatido por los portales de los Mercaderes próximos á la plaza mayor: perdida toda esperanza de dar con él habia determinado dirigirme

á los muchos escribientes memorialistas, que á todas horas tienen abierto su despacho improvisado con biombos y tablas arrimadas á la pared: esperaba que ellos me darian algunas señas de la habitación de don Tadeo: mas luego que llegué allí olvidé enteramente el motivo que me habia llevado á aquella especie de feria, punto céntrico donde se reúnen diariamente los ociosos mejicanos; el animado cuadro que se presentó á mi vista no dejó de sorprenderme: en efecto, el aspecto que presenta dicha plaza una hora antes de ponerse el sol es enteramente nuevo y variado: los portales de los Mercaderes ocupan uno de sus lados, y la catedral, las casas de ayuntamiento y el palacio del presidente la cierran por los otros tres frentes: en ella desembocan las mas hermosas y principales calles de la ciudad, como la de la Primera monterilla, llena de elegantes tiendas; la de los Plateros en la que ostentan estos en ricos aparadores alhajas preciosísimas de oro, plata y pedrería: despues de haber recorrido con la vista estos almacenes en que despliega todo su lujo é industria el comercio europeo, me volví á los portales lóbregos de los Mercaderes que parece han escogido los mejicanos para sus ventas al por menor. En la época á que me refiero ninguna obra importante habia alterado el aspecto severo y pintoresco de estos portales: pesados arcos abovedados vienen á apoyarse por un lado á los sombríos é inmensos almacenes, y en el opuesto descansan sobre macizos pilares al pie de los cuales hay arrimados estantes y armarios surtidos con profusion de libros de devoción, de rosarios, de dagas y espuelas: junto á estas tiendecillas nunca dejan de abundar los leperos, cubiertos de andrajos, llevando en el dedo todo el capital de su comercio que consiste en algunas sargas de avalorio y cuentas de vidrio, y que persiguen á los transeúntes con la mayor importunidad, brindándoles con su mercancía. De vez en cuando las que venden patos silvestres guisados, ó *tamales* (1), arreñanadas á la sombra de los postes sobresale entre la confusa gritería de la multitud su chillona voz de: «Aquí hay patos grandes, alma mia, señorito, aquí, aquí, venga vd.» ó tambien esta otra no menos conocida y popular: «Tamales querretanos (2).» Tambien los compradores y transeúntes eran dignos de observar: el color abigarrado de sus vestidos y tapalos (3) los relumbrones de los bordados de oro en las mangas, la variedad de *sarapes* vistosos á la escasa luz que entraba al través de los arcos formaban una mezcla estraña á la par que brillante, que me recordaba las bulliciosas máscaras de Venecia. Sobre todo el espectáculo era admirable cuando se agolpaba el gentío bajo los portales al oscurecer. Luego que se hacia de noche los tenderos cerraban sus almacenes, los escribientes sus despachos, y aquel sitio tan bullicioso se trasformaba como por encanto en un club político; oficiales, paisanos y sugetos de todas clases sentados en los umbrales de las puertas cuidadosamente atrancadas por dentro, ó bien midiendo á pasos mesurados esta especie de claustro, se entretienen en hablar ó fraguar revoluciones, ó de las que han pasado ya, hasta bien entrada la noche, en cuya hora los portales quedan desiertos; entonces tenian lugar mas dulces ocupaciones: bajo sus silenciosas bóvedas solo se oian susurros misteriosos, amorosos conciertos, ó sofocados suspiros.

Hacia ya rato que vagaba errante y distraído cuando los biombos de un memorialista me recordaron el objeto de mis paseos por aquel parage: entre la multitud de traficantes, mercaderes y revendedores, los escribientes memorialistas forman una corporacion muy respetable; pero es necesario no olvidar que la instruccion primaria, por lo general, está muy descuidada en Méjico, y que las funciones de escribiente público nada han perdido de su primitiva importancia entre esta plebe ignorante: la complaciente y dócil pluma de los evangelistas (asi es como los llaman), se acomoda á desempeñar toda clase de encargos, mas ó menos delicados; desde la mas trivial carta amorosa, hasta el billete que dirige el espadachín á su víctima, para atraerlo á algun parage tenebroso. El evangelista que habia preferido yo entre sus numerosos colegas era un hombre pequeñito, calvo, ojos vivos y penetrantes, labios delgados, y todas sus facciones revelaban su propension á la jovialidad y sátira.

Ya iba á acercarme á él para pedirle me diese algunas señas del don Tadeo, cuando un incidente que se prolongó mas de lo que yo deseaba, trastornó inopinadamente mi plan, quedando de nuevo mudo observador de lo que pasaba. Fué el caso que antes que llegase yo á la casilla del evangelista se presentó á la puerta una gallarda jovencita: sus rizados cabellos, que en largas trenzas salian por debajo de su rebozo, su tez un poco morena, su mórbida espalda, que dejaba casi descubierta la finísima camisa bordada y guarnecida de encages, su esbelto talle, no alterado ni comprimido por ningun artificioso corsé, y sobre todo sus tres zagalejos de distintos colores, que caian formando graciosos pliegues sobre sus anchas caderas, todo esto revelaba que esta jóven era el tipo puro y castizo de la verdadera y legítima china (4).

(Se continuará.)

- (1) Especie de torta hecha con maiz y carne picada sazónada con mucha pimienta.
- (2) Ciudad que dista de Méjico 40 leguas.
- (3) Chales que sirven tambien de tocado para la cabeza.
- (4) La china en Méjico es lo que la manola en Madrid, ó en Paris la griseta.

## ESCENAS DE CARNAVAL.



ANTES DEL BAILE.

DESEO É INCERTIDUMBRE.

¡Vamos, Luisa: buen ánimo! Tu marido está en este momento á diez leguas de distancia.—Mi primo y tu amigo Carlos están impacientes por acompañarnos al baile.—Ya tengo en casa dos capuchones negros; y el coche nos espera á las doce en punto.



EN EL BAILE.

FASTIDIO.

¡Qué noche tan pesada! Y para esto he venido á Villahermosa con tantos apuros!... Luego... todos me dejan sola. Hace mas de dos horas que Matilde y su primo han desaparecido del salón.—Y Carlos no suelta del brazo á esa máscara fastidiosa que lo persigue toda la noche.



DESPUES DEL BAILE.

REYERTA MATRIMONIAL.

¡Qué tarde te levantas hoy y que descolorida estás, Luisa...! ¿Has pasado mala noche?—No, esposo mío: es que....—Es que, mientras yo cazaba venados en el monte, tú y tu incomparable amiga Matilde, y su primito, y Carlos....—Yo te juro....—No me jures nada, pérdida, infiel, ingrata: no quiero escucharte.

### Gacetiña devota de la capital.

**Lunes 19.** San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simón, obispo y mártir. Además, hace mención la iglesia de san Teotón, confesor, san Flaviano, obispo y mártir, san Víctor, alfeiz de la legión Tebea, mártir, santa Constanza, virgen, y la beata Cristiana, virgen.—En la iglesia de san Cayetano, sigue la novena-misión á María Santísima de la Merced. En la real de san Isidro, también siguen las misiones tituladas del Pecado mortal, por la tarde. En la de religiosas gerónimas de la Carbonera, empiezan solemnes misereres á una imagen de Jesucristo, que llevaba en sus viages santa Teresa. En la de san Andrés, por la mañana, es el sufragio semanal en favor de las benditas ánimas, y por la noche, el ejercicio del Viacrucis, y seguirá el viernes á la misma hora. En el primer monasterio de Salesas, por la tarde, esposición del Santísimo, por una memoria. Cuarenta horas hoy y mañana en dicha iglesia de san Cayetano.

**Martes 19.** San Alvaro de Córdoba, san Gabino, presbítero mártir, y san Conrado, confesor. Además los santos Barato, obispo de Benevento, en Italia, Leon, mártir, Susana, virgen y mártir, y san Beato, presbítero.—Es día de animación, visitando cinco altares de cualquiera iglesia. En el colegio de san Antonio de los Portugueses, será el culto acostumbrado á su titular. En Nuestra Señora de Monserrat, y san Ignacio, por la tarde se verificará la duodena mensual á san José, y el próximo domingo 24 se hará, como es costumbre, en san Justo, santa Cruz, san Ginés, y en las Arrepentidas. En la bóveda de san Ginés, Italianos, y en Nuestra Señora del Rosario, ejercicios de este santo tiempo todos los días, por la noche; siendo en la última solo los martes, jueves y sábados, el ejercicio del viacrucis.

**Miércoles 20.** Santos Leon, obispo de Catania, y Eleuterio, también obispo. Además santa Barbada, virgen, santa Irene, id., san Sadot, obispo y mártir, y el Moisés Solitario.—En la real iglesia del Buen Suceso, solemne miserere al Santísimo Cristo de la Obediencia. Id. en el convento de Trinitarias, al de la Piedad. En la capilla de la Escuela de Maria, por la tarde, ejercicios (los de Instituto). En san Millán, oratorio del Espíritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, y en san Ignacio, por la noche, habrá así mismo ejercicios, y en la última parte, la visita de cruces, como también los viernes. Cuarenta horas hoy y mañana en el segundo monasterio de Salesas Nuevas.

**Jueves 21.** San Felix, obispo de Metz, y san Maximiano, obispo y confesor. También son los santos Leonora, virgen y mártir, Angela, Mericia, Obidio III, arzobispo de Braga, Eugenio, obispo, y san Daniel, presbítero y mártir de Persia.—En las parroquias de santa Cruz, santa Maria, san Justo, san Pedro, san Lorenzo, san Ginés, y en san Isidro, renovación de sagradas formas, por la mañana. En el convento de señoras comandadoras de Santiago, siguen los misereres al Cristo de la Agonía, como el jueves anterior. Y en la parroquia

de san Sebastián id. al de la Fé, en ambas por la tarde. En san Francisco el Grande, todos los días de Cuaresma por la noche, ejercicios, y en la capilla provisional de Chamberi.

**Viernes 22.** La cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo. Además san Pedro Damiano, cardenal, san Aristion, discípulo de Jesucristo, san Papias, obispo de Frigia, san Benevenuto, obispo de la Marca de Ancona.—Es Témpora y se celebran órdenes sagradas. En la parroquia de san Sebastián y en la capilla del real palacio, sermón por la mañana á la misa mayor. Continuarán los misereres que el viernes anterior á Jesus Nazareno, en su iglesia. Al de las Misericordias, por la tarde, en la Concepción Gerónima, y por la noche en san Plácido. Al de la Esperanza, en las Calatravas. En el colegio de niñas de Leganés, por la tarde, y en santo Tomás por la noche, se cantará también el salmo Miserere. En la parroquia del Buen Retiro, por la tarde, se visitarán las cruces y habrá miserere al Cristo del Pardo. Se practicarán devotos ejercicios espirituales en las Trinitarias, por la tarde, y en san Juan de Dios, Pasión, Italianos, Bóveda de san Ginés, Oratorio del Espíritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, y en la capilla de la Soledad, calle de la Paloma, al toca de oraciones. Cuarenta horas en la capilla de la Orden Tercera de san Francisco, donde mañana se celebrará á santa Margarita de Cortona, santa de la misma religión.

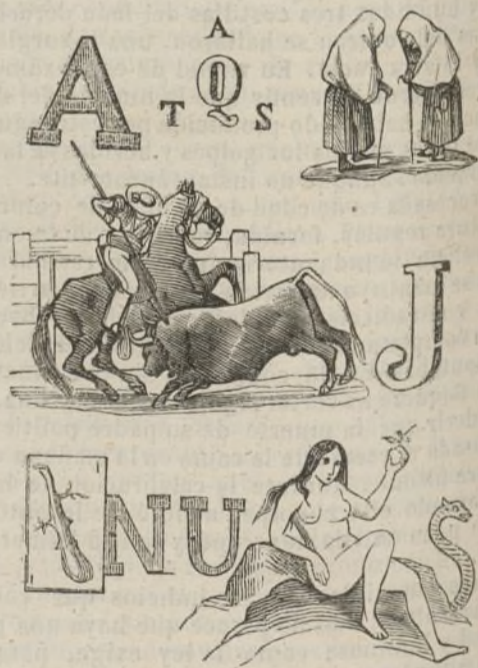
**Sábado 23.** Santa Marta, virgen, santa Margarita de Cortona, san Florencio, obispo, y santa Isabela. Además los santos Lazaro, mártir, Fulgencio, confesor, Salomon y Sireno, mártires. Es vigilia á mañana.—En Nuestra Señora de Gracia, al anochecer, habrá miserere al Cristo de la Oración del Huerto, y en la parroquia de san José, ejercicios á Nuestra Señora de la Consolación y Correa.

**Domingo 2.º de Cuaresma.** San Matias, apóstol, san Modesto, obispo, y santa Primitiva, mártir. Además, san Edilberto, rey de Inglaterra, y san Desiderio, monje del Clavay.—Jubiléo en la capilla de Nuestra Señora del Carmen de su V. O. T., sita en su iglesia, y en los conventos de religiosas gerónimas de la Concepción y Carboneras. Habrá misas mayores con sermón, de la presente dominica, en la capilla de Palacio, Encarnación, Buen Suceso, san Antonio de los portugueses, Carmen, y en todas las parroquias. Misereres en las iglesias siguientes: en san Ginés, al Cristo de la Agonía, en san Francisco, id. al de la Buena Muerte; en Nuestra Señora del Rosario, al del Perdon; en las Recogidas, calle de Hortaleza; en santo Domingo al del Amparo. Ejercicios, seguirán por la tarde como el domingo anterior, en san Pedro, escuela Pia de san Fernando, san José, Arrepentidas, Chamberi, san Cayetano, oratorios del Espíritu Santo, Caballero de Gracia y Cañizares. Id. por la noche, en la Pasión. En don Juan de Alarcon, y en el Carmen Calzado, también habrá ejercicios y procesión; en aquella, con Nuestra Señora de las Mercedes, y en esta con la del Carmen, como cuarto domingo de mes que es. En san Millán, empezarán las misiones de los Servitas, y en san Isidro concluyen las del Pecado mortal. En san Andrés, por la noche, la visita de cruces. Cuarenta horas en dicha iglesia de monjas de la Carbonera, hoy y mañana.

### Funciones de iglesia fuera de la corte.

**Día 19.** A Nuestra Señora del Campanar, en Valencia.  
**Día 22.** En Benabarre.  
**Día 23.** A santa Marta, virgen, en Zamora.  
**Día 24.** En Hortaleza y Tendilla, á san Matias, apóstol.

### LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NUMERO ANTERIOR.

ROMULO Y REMO HAN SIDO LOS FUNDADORES DE LA GRANDE CAPITAL DEL MUNDO CRISTIANO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.